

**Hermenéutica de la memoria y la identidad en dos novelas juveniles: “El
abrazo” de Lygia Bojunga y “En la laguna más profunda” de Oscar Collazos**
Tesis de Grado

Gina Lorena Domínguez Quintero.
2018

Universidad del Valle.
Facultad de Humanidades.
Escuela de Estudios Literarios
Maestría en Literatura Colombiana y Latinoamericana

A la Universidad del Valle.

A cada uno de los maestros que acompañó y contribuyó con mi proceso de formación. Especialmente a María Mercedes Ortiz y a Álvaro Bautista, porque fueron realmente inspiradores con la seriedad y el amor que ponen en su trabajo, generosos con su tiempo y sus conocimientos. Profesor, muchas gracias por creer en mi propuesta, orientar mis divagaciones y animarme en mis largos tiempos de silencio.

A mis padres y mi familia por acompañarme, animarme y comprender mis tiempos de ausencia.

A mi esposo, amor, gracias por animarme a continuar, por creer en mí y por acompañarme en esas noches en vela.

A Dios por los dones y gracias recibidos. Gracias.

Capítulo 1 Introducción	1
1. Asuntos de identidad y memoria	1
2. ¿Por qué narrativa juvenil?	6
3. Estado del arte	11
Capítulo 2 La representación presente de la cosa ausente: "En la laguna más profunda" de Óscar Collazos	14
1.Una relación con el otro	16
2.El detonante y los primeros síntomas	19
3. La narración de la identidad en el otro	26
Capítulo 3 La memoria manipulada: el abrazo de la muerte . "El abrazo" de Lygia Bojunga.	34
1.La apertura	37
2.La realidad angustiante.....	39
3.La negación de la memoria. La escisión del yo.	43
Capítulo 4 Efectos de la desmemoria colectiva.	55
1.Un entorno violento	58
2.Ancianos en el olvido	65
3.El olvido de la responsabilidad social.	69
4.El abuso, la negación y el silencio.....	70
Capítulo 5 Conclusiones	80
Lista de Referencias	85
Anexo 1. Referencias de titulares de periódicos.....	90

Capítulo 1

Introducción

Los cuestionamientos en torno a la identidad emergen cada vez que hay crisis de algo, sea personal o colectiva: las naciones en crisis, sea esta económica, social, política o cultural, voltean hacia el pasado para encontrar en él el sentido de su existencia actual. Se vuelve, entonces, relevante, la identidad.

(Mendoza, 2009, p. 59)

1. Identidad y memoria

La memoria se reconoce como la capacidad de la mente para recibir, almacenar y reutilizar información. Sin esta función no podríamos recordar eventos del pasado, desarrollar un lenguaje, mucho menos determinar la propia identidad, pues habría que redefinirse a cada instante ¿Quién soy? ¿Qué me gusta? ¿Dónde estoy? ¿Qué hice ayer?

Desde la filosofía, la identidad es principalmente una búsqueda constante de quiénes somos y desde la historia, Ezequiel Adamovsky afirma que la identidad hay que construirla en un proceso de narratividad, pues la identidad se traduce en un proceso de continuidad que une al ser que fuimos en el pasado con el diferente ser que hoy somos (Sztanjnszrajber & Adamovsky, 2016).

El presente trabajo de investigación está enfocado en el análisis de dos novelas juveniles *El abrazo* de la autora brasilera Lygia Bojunga y *En la laguna más profunda* del escritor colombiano Óscar Collazos; las protagonistas de ambas novelas se enfrentan a una crisis, una situación que los enfrenta con la memoria y la incidencia que esta tiene en la construcción o deconstrucción de la identidad personal o colectiva. Es a través de la memoria que tomamos decisiones importantes, relevantes para nuestra vida. En el caso

de nuestras protagonistas observamos como las consecuencias de tener una memoria manipulada o enferma se manifiestan en problemas de identidad, según los planteamientos que Ricoeur (2001) nos presenta en su obra *La memoria, la historia, el olvido*.

Por razones que explicaré más adelante, parto de mi interés personal de comprender que imágenes perciben los jóvenes de sí mismos en las lecturas que les ofrecen las editoriales, así que decidí centrarme en novelas que hubiesen sido catalogadas como literatura juvenil. Pero dándole a la literatura juvenil la importancia que se merece, un lugar en la formación de lectores. Me interesó principalmente reconocer las imágenes de identidad que se construyen a través de los personajes, en gran parte porque son los personajes con los cuales sus lectores se identificarán positiva o negativamente.

Primero que todo, al centrarnos en construcción de identidad debemos ser conscientes que el ejercer la memoria es vital e indispensable. Sin embargo, como podemos observar en el primer capítulo de su obra titulado por Ricoeur (2004) *De la memoria y de la reminiscencia*, el autor afirma que la memoria ha sido erigida como criterio de identidad y que la fragilidad de la memoria es uno de los grandes problemas humanos. La posibilidad de manipularla, alterarla, perderla, o la facilidad con que la mente confunde hechos reales con hechos imaginarios. Para Ricoeur los abusos de la memoria y los abusos del olvido se traducen en la fragilidad de la identidad, pues esta quiere ser proclamar y reclamar: el ser idéntico a sí mismo a pesar del paso del tiempo pero se encuentra con la imposibilidad de serlo como consecuencia de esos abusos y manipulaciones relacionadas con la memoria. Esta problemática tiene implicaciones

existenciales que muchas veces van más allá de lo personal, ¿cómo se manifiestan estas implicaciones en la historia de estos dos relatos?

En su libro, Paul Ricoeur hace un recorrido por la fenomenología de la memoria y las consecuencias del abuso de la misma, así como los conceptos de memoria individual y memoria colectiva y como se constituyen en la base referente para la constitución de la Historia.

La fenomenología hermenéutica de Ricoeur aboga por un descentramiento del sujeto *en* el mundo. El sujeto es sujeto de experiencia; *ese* mundo *en* el que el sujeto participa es llevado al lenguaje, se hace lenguaje. De ahí, que la pluralidad de lenguajes sea índice de la pluralidad de experiencias, de la riqueza del mundo vital, y por ello, la filosofía tiene como tarea su preservación. La experiencia humana es múltiple, plural, y como tal tiene que ser considerada. Así que busco indagar sobre si esa experiencia humana de Cristina y Clarice, protagonistas en *El abrazo* (Bojunga, 1995), y de Alexandra y Mamamenchu, protagonistas de *En la laguna más profunda* (Collazos, 2011a) se expresa en los diferentes ámbitos de su existencia, en los roles que representan.

Ranulfo Romo (2008), Neurobiólogo de la IFC-UNAM, México, un científico que ha llegado a la conclusión de que el mundo no existiría sin la memoria y como ejemplo propone justo el caso de Mamamenchu, una de las protagonistas que nos atañen; él afirma que en nuestro cerebro traemos todo el pasado y sin el pasado no podemos saber lo que somos en este momento:

Los pacientes con la enfermedad de Alzheimer han perdido todos los circuitos cerebrales que tienen que ver con guardar la información de la experiencia a través de años y años,

los sujetos son capaces aun de sentir cosas con las manos, de ver, de oír algo con el oído, de degustar probablemente algo, pero son incapaces de reconocer en el entorno en el que están viviendo, son incapaces de reconocer una pregunta, son incapaces de reconocer la cara de un familiar; entonces, lo que tenemos en nuestro cerebro es una maravilla de circuitos cerebrales que son capaces de guardar nuestra experiencia que es lo que nos permite la identidad. (Romo, 2008)(Transcripción mía del video)

Numerosos filósofos y científicos coinciden en que la memoria es un elemento constitutivo de la identidad. El neurocientífico Ranulfo Romo llega a afirmar que el mundo no existiría sin la memoria (al menos no podríamos reconocerlo como mundo). Julio De Zan, argentino, Doctor en Filosofía, investigador y profesor afirma en uno de sus artículos: *“La memoria es elemento constitutivo de la propia identidad. Un sujeto que viviera solamente el presente, o el anhelo de un futuro soñado, sin detenerse a rememorar su pasado, no sabría quién es”* (De Zan, 2008, p. 41)

¿Qué sucede entonces si por salud o por mecanismo de defensa disociamos o negamos el propio pasado? ¿A qué puede conducirnos esa falta de memoria? ¿Qué sucede entonces con la identidad personal? ¿Cómo afecta la identidad colectiva que está interrelacionada con la personal? ¿Es verosímil entonces esta formación o deformación de la identidad que sufren estos personajes del relato? Estos son algunos de los interrogantes que surgen y que trataremos de dilucidar en un proceso hermenéutico de interpretación de los elementos que nos brindan los relatos a la luz de los conceptos expuestos por Ricoeur en su texto *La memoria, la historia, el olvido* (2004) y algunos de los autores que él mismo cita y que hacen afirmaciones sobre los procesos de la memoria

y del olvido, como Aristóteles, San Agustín, Jhon Locke, Maurice Halbwach y Sigmund Freud.

Sigmund Freud (1964) también nos expone en su artículo sobre la escisión del yo, una de las posibles consecuencias de ejercer una memoria de forma manipulada, en este caso mediante la negación de la realidad. Como lo veremos mejor en el capítulo 3.

La manipulación de la memoria individual o colectiva, a través de la negación o la represión conlleva a la pérdida de la identidad, condena a la repetición de los mismos errores una y otra vez, a la vulnerabilidad del ser y en ocasiones a la no-existencia, al no-ser. Esto es algo que se hace evidente en las protagonistas de ambos relatos: Mamamenchu y Cristina.

Por otro lado, al planteamos el asunto de la identidad en nuestras niñas protagonistas en una edad de formación podemos observar el impacto que tiene en el desarrollo de sus historias enfrentar estos procesos de crisis de la memoria.

Más específicamente, el objetivo de este trabajo buscamos hacer una reflexión crítica sobre las protagonistas de estas dos novelas juveniles y más específicamente sobre el proceso mediante el cual cada una de las protagonistas va construyendo su identidad en una relación de espejo; como partes de un colectivo ellas “son” en la medida que dialogan con el otro, que dialogan con el pasado y ejercen su memoria como una herramienta de conocimiento, de saber. A la par, realizar una hermenéutica de los abusos de la memoria presentes en los relatos desde los planteamientos de Ricoeur identificando como se evidencian las consecuencias de estos abusos de la memoria en los personajes de la novela. Mi tesis se centra en probar a través de estos personajes que la

memoria enferma o el abuso del olvido nos hace vulnerables y atenta contra la identidad del ser como individuo y como colectivo.

2. ¿Por qué narrativa juvenil?

Por muchos años ha existido la polémica sobre la existencia real de una literatura juvenil. Una vez aceptada y valorada la literatura infantil, ha ido fortaleciéndose una literatura especialmente dirigida a los adolescentes y orientada principalmente por las editoriales que fomentan concursos dirigidos a alimentar este corpus.

¿A que me referiré entonces como literatura juvenil? No me referiré a textos educativos como tal, sino a novelas que han sido catalogadas por las editoriales como dirigidas a un público lector entre los 12 y los 20 años principalmente. Hasta ahora, una literatura marginada por el lector adulto y especializado. Jaime García Padrino (1998) de la Universidad Complutense de Madrid afirma que:

..., no debemos desconocer que el auge actual de la denominada Literatura Juvenil es la consecuencia de dos factores básicos. Uno, el deseo de los docentes por desarrollar o mantener unos auténticos hábitos lectores contando para ellos con creaciones más adaptadas a los intereses y conocimientos de la realidad propios de la edad juvenil. Y el segundo, unos planteamientos editoriales que buscan la adaptación de sus productos a los condicionamientos específicos de los jóvenes, como un sector de mercado con posibilidades hasta ahora no suficientemente atendidas. Son, por tanto, dos factores que se merecen un particular comentario. (pp. 103-104)

Según García Padrino, la mayoría de los docentes en secundaria nos hemos dado cuenta que continuar enseñando literatura fundamentada solamente en textos y autores

clásicos no tendrá ni vigencia ni resultados, se necesita renovación, encontrar autores más cercanos a la realidad de la juventud actual. Así que dejando de lado la falta de gusto literario que estos puedan tener, el objetivo primordial en la enseñanza sería acercarlos primero a la lectura y desarrollar en ellos cierta mentalidad crítica que les permita acceder en el futuro a otro tipo de literatura más clásica. En una entrevista a la investigadora español, Teresa Colomer, Doctora en Ciencias de la Educación, filóloga y catedrática de la Didáctica de la literatura de la universidad Autónoma de Barcelona responde a la pregunta sobre el concepto de la literatura infantil:

Durante siglos los niños han oído la misma literatura que los adultos, pero en el XVIII se inventa el niño y se inventa la literatura para ellos. Ahora se ha inventado el adolescente y la literatura destinada a él. En el momento en que hay una concepción de una etapa de la vida ligada a un aprendizaje vital se crea un tipo de libros que construye el mundo para ese segmento de edad. De hecho, la literatura infantil y juvenil es un diálogo de las generaciones adultas con las jóvenes. (Colomer, 1999)

La literatura juvenil entra a tener un valor como *literatura de transición*; sin embargo, encontramos autores que se han tomado esta escritura muy en serio, algunos de hecho, novelistas en toda la extensión de la palabra, lanzan de vez en cuando una obra que por su acogida o temática, ha sido catalogada como literatura juvenil, sin que esta fuera su intención inicial. Pues no se trata de adaptar la literatura al joven que siempre es cambiante y complejo, sino en poner a su alcance literatura que se acerque a su entorno social sin perder su carácter y calidad literaria. En otras palabras, que no responda a un objetivo didáctico necesariamente. Cuando me refiero a literatura juvenil, me voy a referir a textos que cumplen con esta definición que plantea Jaime García Padrino:

Tan rotundo predominio de la narrativa en las creaciones dedicadas de intención a un público juvenil conduce a que, cuando se plantea la posible existencia de este género, de sus límites y problemáticas, en realidad nos estemos refiriendo a una narrativa al alcance de esa ambigua franja cronológica y psicológica de la adolescencia/juventud, y donde su rasgo más determinante no reside en la complejidad de la propia creación- que la diferenciaría de las dedicadas a la infancia, más necesitada de la claridad y la brevedad por razones evidentes-, o en específicos rasgos estilísticos, sino en la temática planteada. Unos temas que, tanto desde la óptica editorial como desde la intención asumida voluntariamente por algunos creadores, se consideran como reflejos de las preocupaciones o intereses de los jóvenes actuales: relaciones familiares más o menos conflictivas, descubrimiento del amor y de las relaciones sexuales, problemas con la droga, fracasos escolares, inserción en la vida social... (García Padrino, 1998, p.105)

Ahora, más allá de que nos guste o no lo que encontramos en este grupo de literatura, no podemos negar su existencia, su evolución y la incidencia que podría tener en los futuros lectores y hasta productores de textos. Como lo podemos ver en la afirmación que hace la investigadora Teresa Colomer, a propósito de la enseñanza de la literatura:

El texto literario ostenta, así, la capacidad de reconfigurar la actividad humana y ofrece instrumentos para comprenderla ya que, al verbalizarla, configura un espacio en el que se construyen y negocian los valores y el sistema estético de una cultura, tal como han señalado repetidamente autores de diversas procedencias, desde la psicología cognitiva, como Bruner, a la teoría literaria, como Bajtin o Ricoeur, o del campo de la didáctica, como Reuter o Bronckart. (Colomer, 2001, p. 4)

Más aún, no solo en la formación lectora, sino en la formación de seres humanos capaces de ver y enfrentar al mundo de otra manera, capaces de reconocer su contexto, o como lo llamaremos en el cuarto capítulo, su memoria colectiva:

Ciertamente, en muchas ocasiones los niños no utilizan las historias como identificación subconsciente, sino como reconocimiento de que las acciones que en ellas ocurren contradicen las expectativas sociales. En esas acciones los niños pueden explorar las consecuencias de las acciones prohibidas o peligrosas desde la comodidad del lector.

(Colomer, 2001, p.12)

En Colombia ha tomado un nuevo aire la literatura juvenil y parte de eso se lo podemos agradecer a todas las actividades de promoción de lectura, la red de bibliotecas y las colecciones especiales y concursos auspiciados por diversas editoriales, entre ellas una de las colecciones para jóvenes que tiene buena acogida es Zona Libre, en la cual se encuentran publicadas las dos novelas que he elegido.

El acercamiento a dichas novelas se debió principalmente a mi trabajo como docente de educación Secundaria y Media. Primero en una institución privada femenina y luego en el sector público en una institución que pasó de ser femenina a mixta y pude ver las reacciones principalmente de las jóvenes ante estos relatos y la forma en que algunas se identificaban al grado de permitir aflorar ciertas emociones que surgieron como parte de la discusión en clase.

No voy a entrar a definir en profundidad qué es literatura juvenil o por qué estos relatos se encuentran allí catalogados, sino que parto del hecho de que ya han sido incluidos en una colección dirigida a jóvenes y que sus autores cuentan con cierto reconocimiento dentro del ámbito literario: Lygia Bojunga con *El abrazo* (1995), autora

brasileña que en 1982 recibió por el conjunto de su obra el premio Hans Christian Andersen, otorgado por el IBBY (International Board on Books for Young People) por primera vez a un escritor latinoamericano. Oscar Collazos con “En la laguna más profunda” (2011a), periodista, novelista y crítico literario colombiano, Doctor Honoris Causa de la Universidad del Valle, con más de 15 novelas publicadas, y del cual puede haber sido sorpresivo el que su novela entrara en la categoría juvenil pues no ha sido su campo de acción. Lo cual me lleva a recordar la afirmación de María Luisa Cresta: “*El escritor no es escritor de niños o de adultos. El escritor es escritor. Cuando escribe para chicos traslada las mismas pautas que utilizaría si escribiera para grandes*” (citada en Malicha entre nosotros, 2008) pues la literatura antes de ser catalogada como infantil, juvenil o de adultos, debe ser literatura.

La escritora e investigadora argentina María Luisa Cresta de Leguizamón afirma que “*es difícil negar la importancia que poseen las experiencias infantiles para la vida adulta de la persona*” (Cresta Leguizamón, 1990, p. 3), por eso mismo es significativa la importancia que adquiere lo que llamamos convencionalmente “literatura infantil” tanto para quienes la producen como para aquellos que se encargan de seleccionarla dentro de un marco de pluralidad. Resalta la importancia de formar un lector crítico desde la más tierna edad pues es el semillero de lectores. Los adultos debemos aprender a estimular ese joven para que no caiga por desconocimiento, indiferencia, distracción u otros, en la abolición del placer de la lectura. Un niño siempre disfruta una buena lectura en voz alta.

Como docente de Lengua Castellana en los grados superiores de secundaria y a raíz de mi interés por lograr un mayor acercamiento de los jóvenes a la literatura que les

permita ejercer una mejor comprensión y apropiación de la estética literaria surge mi interés por la literatura juvenil, a pesar de todas las críticas recibidas debido a que es catalogada en diferentes espacios de la academia, como literatura de poca profundidad o de carácter moralista o didáctico. Por mi parte, concuerdo con Emili Teixidor:

La importancia de los libros destinados a los jóvenes radica en el hecho de que a través de ellos, las nuevas generaciones pueden desarrollar su identidad, escoger su lugar en el mundo y, en definitiva, dar forma y significado a sus experiencias. Es pues mucha la responsabilidad literaria que recae sobre esta especialidad literaria que, como cualquier otra, debe estar sujeta a unas normas de género que no siempre se respetan y que muy a menudo, la convierten en un saco donde cabe todo. (Teixidor, 1995, p. 8)

3. Estado del arte

Ambos textos funcionan como literaturas del yo, fueron escritas en primera persona, por lo tanto tienen un elemento autobiográfico que algunos autores han comenzado a caracterizar:

La crítica actual coincide de manera unánime en que fue W. Dilthey el primero en llamar la atención sobre las literaturas del yo y en reivindicar su valor como instrumento de conocimiento de la realidad histórica. En tanto que resultado de la reflexión del sujeto sobre sí mismo, las escrituras del yo constituyen un compendio de formas que revelan cómo el sujeto ordena su experiencia en los diferentes momentos históricos. (Cuasante Fernández, 2013, p.164)

Sobre las novelas en particular son muy pocos los trabajos de investigación y análisis que se encuentran publicados en los repositorios; en parte, supongo que se debe a

lo mencionado al principio que ha llevado a la crítica a ocuparse muy poco de novelas que hayan sido catalogadas como juveniles.

Sobre Collazos se encuentran publicados algunos trabajos de investigación ligados a otras de sus narraciones por ejemplo: *La violencia como eje central en dos cuentos de Collazos* publicado por Díaz Basteris (2013); pero propiamente sobre la novela en cuestión solo se halla un ensayo publicado en un blog por Jhon Monsalve llamado *El Olvido y la Memoria "En la laguna más profunda", de Oscar Collazos*, donde trabaja los personajes de la novela como una representación simbólica que hacen un llamado a recuperar la memoria social del país.

La novela *El abrazo* de Lygia Bojunga no ha sido trabajada desde la perspectiva de la memoria, Flávia de Castro Souza (2009) realiza un trabajo para optar a su maestría titulado *Trilogía de la muerte: el imaginario en Lygia Bojunga* en portugués para la universidad Federal de Goias; el texto trabaja sobre tres narraciones de la autora *Mi amigo pintor*, *Nosotros tres* y *El abrazo*; la tesista analiza la propuesta de gradación de la complejidad y de la intensidad de la violencia y del aumento de la angustia de los personajes debido a la aproximación con la realidad mortal. No encontré ninguna otra referencia a esta novela, a pesar de ser un tema que está sobre la mesa en la actualidad como lo es la violencia de género y el abuso sexual a infantes.

Sobre Lygia Bojunga también se ha publicado el artículo *A metaficção como forma de diálogo com o público-leitor juvenil brasileiro: A estratégia de Lygia Bojunga* por Alessandra Valério (2015) en la Universidade Estadual do Oeste do Paraná, la autora doctora en Estudios Literarios e integrante de Grupo de investigación, el artículo

publicado en portugués en una revista sobre literatura juvenil, analiza las estrategias narrativas metaficcionales que ella utiliza en sus libros acercándose al público lector e influyendo el plan de recepción de la obra, contribuyendo a la formación estética y literaria de su público.

Con respecto a estudios sobre la identidad en novelas juveniles solo encontré referencias al artículo de Isabel **Jerez Martínez y Amando López Valero** (2013) titulado *Literatura fantástica e identidad juvenil. El mal y la muerte como motivos de búsqueda del adolescente*, que hace referencia principalmente a dos temas comunes con los cuales se identifican los jóvenes en sus lecturas, pero no como construcción de identidad. Hay otros trabajos que hacen referencia a la recuperación de la memoria histórica en España pero ninguno hace referencia a novelas juveniles.

Capítulo 2

La representación presente de la cosa ausente

“En la laguna más profunda” Oscar Collazos

“lo más terrible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansancio alguno sino su inexorable evolución hacia una manifestación más crítica: el olvido. Quería decir que, cuando el enfermo se acostumbra a sus estados de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas y aun la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado” (García Márquez, 1997, p. 51)

Oscar Collazos enamora con la sencillez de su narrativa y nos sumerge en la cotidianidad de una problemática que hoy enfrentan cada vez más personas y familias, la enfermedad del olvido: el Alzheimer. Aborda la narración desde la perspectiva de una niña que poco a poco se convierte en adolescente mientras su abuela, Mamamenchu, con quien tiene una relación cercana y amorosa se va perdiendo poco a poco en la laguna del olvido. El autor, en una entrevista que fue publicada en medios digitales por El colombiano, dice:

Según como lo mires la protagonista puede ser la abuela o puede ser la nieta. La abuela es la que padece la enfermedad y a la que su nieta acompaña desde que se empiezan a revelar los síntomas, incluso divertidos, hasta que prácticamente se va perdiendo en esa laguna más profunda. La relación es más desde la parte imaginaria: imaginar que la abuela le habla, vive. (Collazos, 2011b)

Collazos afirma en la entrevista que buscó la perspectiva de una niña para quitarle un poco el dramatismo que un adulto le da a una enfermedad que tiene un proceso lento y desgastante, física y emocionalmente.

En el artículo publicado en la web sobre la enfermedad del Alzheimer, Mónica Salazar-Villanea del Instituto de Investigaciones Psicológicas de la universidad de Costa Rica, enuncia que:

La identidad personal, considerada como una estructura de representación, un sentimiento subjetivo del sí mismo y a la vez una forma de autopresentación de ese sí mismo, a otros y a sí, en la interacción, surge y se construye en el proceso de desarrollo a lo largo del ciclo vital, un proceso que conlleva la progresiva apropiación subjetiva de ese sí mismo en cada etapa de desarrollo. (Salazar-Villanea, 2007, p. 3)

Una identidad se construye pues a lo largo de la vida a través de nuestras relaciones con el entorno; pero ¿si esas conexiones se pierden, dejamos de ser?

En nuestra humanidad y aún en la ficción, hay enfermedades que preferimos ignorar, como si al esconder la cabeza bajo la tierra desapareciera el tigre que está dispuesto a devorarnos; hay situaciones que sencillamente empeoran porque el ser humano todavía no sabe cómo detener su marcha. Una de ellas es la enfermedad del olvido, el terrible olvido, aquel que nos obliga a ir desapareciendo como ser, como individuo antes que nuestro cuerpo muera. Porque... ¿qué es morir, si no es dejar de estar? ¿Qué le pasa al hombre, si ya no posee su historia, sus recuerdos, sus gustos cotidianos, aún sus miedos? ¿Quiénes somos si ya no reconocemos nuestros hijos, hermanos, nietos o amigos? Cuánto dolor hay en el entorno al convivir con un extraño que posee el cuerpo de aquel que amamos y ya no sabe quiénes somos. Esa es la

realidad de Alexandra Blanco en *La laguna más profunda* (2011), una nieta que ama, y que no quiere perder esa relación que ha construido con su Mamamenchu. Así que ese amor por su abuela motiva a Alexandra a realizar el proyecto de recuperar la memoria de su abuela a través de revisar sus fotos, recordar las historias que en ocasiones ella misma le ha contado y de otros sucesos que investiga con su familia como parte de su plan, que esta niña inicia el rescate de la memoria familiar, de su propia historia, su propia identidad, su camino sin retorno a la adultez.

1. Una relación con el otro

Alexandra inicia como una narradora que evoca en su niñez, nos relata cómo se va estableciendo y estrechando su relación con la abuela, cuando inicia la crisis que produjo el cambio:

Yo tenía entonces nueve años. Lo recuerdo porque ese cumpleaños la abuela me regaló un vestido de terciopelo morado con encaje blanco en el cuello y las mangas. Es uno de los vestidos que más quiero porque me lo ponía siempre que me invitaban a fiestas, hasta que empezó a quedarme pequeño. Más tarde mi mamá quería regalárselo a una de mis primas. Yo me opuse. ¿Por qué? No estaba segura de que mi prima cuidara ese vestido como lo cuidaba yo. (Collazos, 2011a, p. 13)

En esta intervención de nuestra heroína y narradora, se empieza a hilar la importancia de relacionarnos con la memoria, las pequeñas cosas que nos van construyendo la identidad, que nos permitan recordar, mirar hacia atrás, los pequeños monumentos conmemoratorios, como los llama Ricoeur, que nos permiten evocar, rememorar: una muñeca regalada a los cinco años por su abuela, un vestido a los nueve,

el olor de los naranjos en flor y la boñiga al recorrer el campo,... detalles, todo lo que nos permite ser, formarnos gustos y apegos.

¿Quiénes seríamos nosotros si no pudiésemos recordar nada? ¿Si de repente olvidáramos el sabor de las comidas que siempre nos han gustado o no reconocieramos nuestro propio rostro en el espejo?

El papel que cumple nuestra memoria, la capacidad de recordar las decisiones tomadas, los afectos, los temores, la conciencia de todo aquello es lo que nos permite ser y hacer de determinada manera.

Collazos nos permite adentrarnos en esta relación plagada de recuerdos, a través de la voz de una niña que se deslumbra ante esa personalidad maravillosa de una mujer que disfruta del entorno, que realmente habita el mundo, que vive plenamente:

La abuela disfrutaba más tejiendo que acabando el tejido (...) Disfrutaba con otras cosas: jugando con sus nietos, haciéndoles payasadas, disfrazándose de bruja, metiéndoles miedo, escondiéndose en los armarios y saliendo de allí en una sábana blanca. Compraba cajas de acuarelas, pinturas, máscaras y antifaces y las tenía siempre a mano. Cuando se cansaba y no podía más, se repantigaba en un sillón y se hacía la muerta. La muerta o la dormida. La muerta que no respiraba; la dormida que roncaba como un león, aunque no estoy muy segura de que los leones ronquen como roncaba la abuela. (Collazos, 2011a, p. 20)

La abuela disfrutaba las relaciones humanas, los juegos infantiles, los disfraces, las risas, la libertad de ser y de pensar, por eso mismo tal vez el inicio de los síntomas se hizo tan sutil e invisible. ¿Cómo notar sus olvidos, cuando ella misma no les daba importancia? ¿Cómo notar los síntomas que se relacionan con el lenguaje y el olvido de

las palabras, cuando entre los juegos preferidos con su nieta estaba el jugar con las mismas y cambiar sus significados, así como la forma ordenada de formar las ideas?:

Del sombrero salían frases divertidísimas y parecían más divertidas aún a medida que la abuela las leía en voz alta. (...) Me enseñó a jugar los diccionarios, a buscar el significado de las palabras que recortaba de los periódicos y a subrayar en los libros las palabras que no comprendía.

— ¿Y eso para qué sirve, abuela?

— Para nada — me dijo — Para hacer algo distinto. Para saber.

(...) Para nada era lo que se hacía por el gusto de hacerlo. La gente debería aprender a vivir para nada, decía. (Collazos, 2011a, pp. 16-17)

Mamamenchu siempre manifestó una filosofía de vida que maravillaba a Alexandra. Además logra estimular en la niña la imaginación, la curiosidad por las palabras, el placer por conocer, por tener contacto con la naturaleza, por vivir y por imaginar. Durante unas vacaciones, cuando la niña tenía nueve años y visita con su familia a su abuela en la casa de campo, comienzan a pasear juntas por el bosque cercano. Mientras su abuela le va diciendo el nombre en latín de cada árbol y le va contando historias de su juventud, comienza a crearse entre ellas una mayor intimidad. Las primas de Alexandra no eran capaces de madrugar, así que estos paseos a solas, crean un lazo de complicidad, un tiempo juntas, un espacio solo para ellas, en el cual la niña disfrutaba de las historias de la abuela. Alexandra no estaba segura si estos relatos habían sido reales o no, pero la escucha con atención y los disfruta; Mamamenchu le confía un secreto y le muestra su lugar preferido un claro en el bosque a la orilla de un riachuelo a pocos metros del “*Ficus tequendamae*”, el lugar dónde se citaba para hablar con su

difunto esposo. La niña disfruta de la posibilidad de estos encuentros sin cuestionarse nada sobre la muerte o sobre la realidad; simplemente, imagina a su abuela vestida de novia y bailando con el amor de su vida al pie del río:

Caminamos un rato en silencio.

— Fuiste testigo de mi cita de amor y ese será nuestro secreto — me dijo acercándose y hablando en susurros—. No se lo cuentes a nadie.

— No te preocupes, abuela, te guardaré el secreto. (Collazos, 2011a, p. 14)

Son estos momentos de intimidad y esta relación de complicidad, cercanía, admiración y el cariño, los que motivarán a Alexandra en su adolescencia, a no querer permitir que su abuela pierda su memoria, sus relatos, su historia, su identidad:

Me negaba a pensar que la abuela no se enteraba de nada. No quería aceptar que ella no sabía que yo era su nieta o que Francina era su hija y Alfonso, mi padre, su yerno. Sobre todo no quería aceptar que la abuela no sabía que su nieta le estaba hablando de los viejos tiempos, de cuando jugaban juntas, de cuando ella se ponía de mi parte si mis padres me prohibían hacer algo o me castigaban por haberlo hecho (Collazos, 2011a, p.164)

2. El detonante y los primeros síntomas

Después de un tiempo Alexandra regresa a la finca de su abuela y se entera que Mamamenchu no quiere volver a hacer sus paseos al bosque. Aunque nadie habla del tema, ante la insistencia de la niña, sus padres le cuentan que han encontrado los cuerpos de cinco jóvenes desnudos justo en el lugar en que la abuela solía sentarse a “ver pasar las aguas del riachuelo”, el lugar donde se encontraba con el abuelo, piensa Alexandra. El tema no se comenta con la abuela, esperando su reacción, pensando que tal vez no se

hubiera enterado del tema; cuando dieron la noticia en el televisor deciden apagarlo, pero ella, consciente del hecho les dice:

— Los mataron miserablemente — les dijo a mis padres.

— ¿A quiénes, mamá? — le preguntó mi madre.

— ¿A quiénes iba a ser?- reaccionó malhumorada— pues a esos pobres muchachos. ¡Y no me crea tan boba, que ustedes conocían la noticia! (Collazos, 2011a, p. 28)

Todos pensaron que tarde o temprano retomaría sus paseos rutinarios, pero no fue así y, al insistirle, Mamamenchu les dice: “*Me mataron muchísimos años de alegría*” (Collazos, 2011a, p.28), al parecer, al morir esa alegría y surgir ese desencanto por el mundo que ya le causaba temor y que la fue recluyendo en casa, se da el detonante que comienza a hacer evidentes los síntomas de la enfermedad.

La abuela tenía de vez en cuando ataques de mal genio. No es que hubiera perdido el humor. A medida que fue cumpliendo más años, sin que le pasara nada, se ponía de mal humor por cualquier cosa, pero a las pocas horas volvía a ser la que era, una mujer alegre y divertida, sin miedo a hacer el ridículo. No necesitaba la aprobación de la gente, lo cual es evidente en varios de los recuerdos que narra Alexandra, era algo que admiraba en ella y que era evidente que no poseía su tía Esmeralda. Aquí ya nos va mostrando la narración pequeños y sutiles síntomas médicos de la enfermedad, como sus cambios de ánimo.

La relación entre la realidad y la memoria es muy frágil. En *La memoria, la historia y el olvido* (2004), Ricoeur cita a Platón para explicar que la memoria es una representación de algo que ya está ausente y utiliza el concepto de huella o impresión; la realidad se asemeja a un sello al vacío y la impresión que va a depender de qué tan

intensa o profundamente quedó registrado ese hecho. Las emociones que rodean un hecho, las repercusiones que haya tenido en la vida del sujeto y otras circunstancias permiten que un recuerdo quede registrado con mayor o menor detalle en la memoria. Sin embargo, su validez está en duda, pues el recuerdo puede ser distorsionado por muchos elementos, aun si no queremos que así sea.

En el caso de Mamamenchu, se revela una memoria impedida, como lo llama Ricoeur (2004), en este caso, una patología le impide establecer los nexos correctos; así que, la imaginación sustituye en muchos momentos lo que ha sucedido y lo toma como cierto:

— ¿Te acuerdas, Herme, del día en que hicimos juntas ese viaje en barco? — le preguntó un día.

— Mamamenchu — le respondió ella —, usted y yo nunca viajamos en barco. Si no recuerdo mal, un día dimos un paseo en burro y nos perdimos en el camino. Tuvimos que regresar a casa arrastrando a los burros de las riendas. Un campesino nos dijo que esos burros no estaban acostumbrados a cargar mujeres. ¿Se acuerda?

— ¡Claro que sí! — le respondió ella —. De Honda bajamos por el río hasta Barranquilla. Bajamos y subimos juntas en el mismo barco. Nos fuimos a bañar a las playas de Puerto Colombia. ¡Cómo me encantaba ver las ruedas de ese barco! ¿Te acuerdas, Herme?

Hermenegilda decidió no llevarle la contraria. (...) (Collazos, 2011a, p. 46)

El olvido es definido como la destrucción definitiva de las huellas de lo aprendido anteriormente o de un impedimento provisional superable eventualmente. El esfuerzo de rememoración constituye un caso de esfuerzo intelectual y se asemeja al acto

de intelección. Somos seres constantemente cambiantes, por esto, son los recuerdos de lo que hemos hecho, vivido o sido en el transcurso de nuestra vida los que nos permiten mantener la misma identidad, el mismo ser. Aunque ya no seamos niños y nuestros gustos hayan cambiado, somos la misma persona.

El dato del pasado es el recuerdo, los hábitos aparecen como aquellas cosas que aprendimos una vez y recordamos de tal manera que nos permite actuar sin tener que hacer el acto intelectual de cómo realizar el movimiento de cada pierna para poder caminar y sostenernos a la vez. Ricoeur nos plantea como todo aprendizaje se genera por cúmulo de experiencias que nos permiten hacer y ser, sin embargo, eso es precisamente lo que este ser humano empieza a perder. Mamamenchu no solo sufre de pequeños olvidos sin importancia, o de cosas recientes y poco relevantes, sino que pierde la conciencia de algunos de sus hábitos más cotidianos. Comienza a confundir los colores, tiene dificultad para comer porque parece haber olvidado como usar su dentadura y en una ocasión pierde la ruta de su cuarto al salir de la ducha entrando por equivocación al cuarto de los padres de Alexandra a buscar su ropa en el armario y, en ese momento, no reconoce ni a su propia hija.

Al pertenecer a un grupo familiar, una colectividad que ha construido junto a ella una memoria de su “identidad”, van a suscitarse diferentes reacciones ante el olvido. La tía Esmeralda que no quiere que nada se salga de su control y de las normas que se impone e impone a los demás, actúa de un modo tiránico buscando el bien para su madre pero pasando por encima de sus deseos y de su humanidad. Los padres de Alexandra, se convierten en cuidadores, se muestran comprensivos y procuran no causar ninguna

contrariedad a la anciana, acompañándola en su proceso de deterioro de la mejor manera posible. Alexandra que como niña no tiene conciencia de la gravedad de esta enfermedad del olvido y quien procura el bienestar de su abuela aunque no recuerde nada. Por último, la propia Mamamenchu que en ocasiones tiene conciencia de sus olvidos, entonces refleja frustración y enojo, hasta que finalmente ya no puede manifestar nada:

— Yo ya no estoy para eso — decía al sentirse derrotada por la dificultad de seguir jugando a lo que había jugado toda la vida —. ¡Oy ay on yotse arap ose! — exclamó con rabia al sentirse incapaz de ordenar al revés un frase larga.

Entonces repetía la misma frase:

— Qué bueno cuando podía hablar de corrido!

— Eso nos pasa a todos— la tranquilizaba mi madre—. Las palabras se vuelven esquivas.

— ¡Cómo no! — le replicaba la abuela — Las palabras, los nombres de las amigas, el día de cumpleaños, el lugar donde dejé las llaves. Muchas cosas se vuelven esquivas y las perdemos para siempre. (Collazos, 2011a, p. 49)

Una enfermedad como el Alzheimer lleva a perder la capacidad de decidir hasta donde queremos estar, el ser se ve obligado a tener que permitir que otros decidan por él:

— No me quiero ir — protestaba la abuela al ver que le hacíamos la maleta.

— No me gusta estar yendo y viniendo como una gitana — se quejó al ver a la tía Esmeralda. (Collazos, 2011a, p. 66)

A pesar de todo la abuela parecía ser feliz, bromeaba con su hija y jugaba con sus nietas, “la tía sacaba la más paciente de sus paciencias y le dedicaba tiempo a la abuela.

Si discutían o peleaban, se contentaban al cabo de un rato” (Collazos, 2011a, p. 84). En algún momento el padre de Alexandra afirma que en esa época había sido la mujer más feliz del mundo porque “*era libre y se divertía*”, elegía la ropa que iba a ponerse aunque su hija no la aprobara debido a que eran colores muy alegres, “*ropa de tierra caliente en tierra fría*”; le encantaba la música, la parranda, pero... ¿Hacía lo que quería? Tal vez no estuviera atada a los cánones sociales, primero porque no le importaron mucho en el pasado y ahora porque ni siquiera tenía conciencia de que existían y los estaba rompiendo al usar colores estrafalarios o combinar una chancla con un zapato de fiesta rojo. Si en verdad la felicidad depende de poder hacer lo que se quiere, en palabras del padre de Alexandra, la joven reflexiona sobre lo que le va sucediendo a la abuela: era un momento oscuro y nada feliz, no podía decidir dónde quedarse entre las casas de sus hijas o su propia casa de campo, o peor aún, cuando más tarde es obligada a pasar una temporada en un geriátrico donde se sentía olvidada en un manicomio de gente extraña, lugar al que su tía Esmeralda la había llevado sin consultar con nadie. La temporada en el geriátrico fue poco antes de cumplir los diez años Alexandra y antes de vivir un tiempo en Cartagena a dónde se la llevan los padres de Alexandra por el trabajo de su padre, dónde necesitaron la compañía de una enfermera que ayudara en el cuidado de la abuela.

Para Ricoeur, la fragilidad de la identidad radica principalmente en tres aspectos: primero, el tiempo, que requiere del recurso de la memoria para poder mantenerse en el tiempo, a pesar de todos los aspectos cambiantes; segundo, la confrontación con el otro, sentida como una amenaza, hasta el punto de no tolerar que otros tengan otro modo de administrar su propia vida, de comprenderse y, por último, la tercera causa de fragilidad

de la identidad es la herencia de una violencia fundadora, que hace más referencia a la identidad colectiva que a la que nos ocupa. En este contexto, podemos observar, en el caso de Mamamenchu, que su identidad empieza a ser frágil, pues el paso del tiempo se ha llevado su salud, la enfermedad que empieza a sufrir le impide mantener sus recuerdos, ya no solo se pone en duda la legitimidad de los mismos, sino que finalmente los pierde en su totalidad al punto de no reconocer sus propias hijas y posiblemente ya ni su imagen en el espejo cuando comienza a ubicarse en el pasado; si como lo expresó Ranulfo Romo en su investigación: “sin memoria, no existimos” (Romo, 2008) , sin la capacidad para retener información nueva o antigua, siempre seríamos otros, el mundo en sí mismo no existiría. Sin embargo, a pesar que no se de esta retención de información, ¿cómo puede Alexandra negar la existencia de su propia abuela? Una mujer que aun perdiéndose en la profundidad de su mundo interno, continúa teniendo “mismidad”, mantiene su esencia y cuando ya no la puede transmitir por sí misma, continúa en la nieta que se relaciona con ella e imagina conversaciones como si hubiesen sido ciertas, porque su identidad sigue presente en el recuerdo de Alexandra.

Si es cierto que la memoria es frágil, y si es un elemento constitutivo de la identidad, pues entonces, la identidad misma es frágil, pero hay algo que lucha por mantenerse en cada uno de nosotros, hay recuerdos que surgen cuando menos los esperamos y preocupaciones que se mantienen aunque no tengamos claro el porqué. Mamamenchu mantiene coherencia en su esencia, nunca pierde su jovialidad, aunque en ocasiones se vuelva irascible como consecuencia de sus olvidos. A pesar de ir perdiendo

contacto y confundirse entre el mar y una piscina, hay coherencia en su amor y admiración por la naturaleza:

Había visto nacer y crecer arbustos, pero lo que mejor guardaba en su memoria era la altura de algunos árboles, el grosor de sus troncos, la extensión de sus ramas y el color de sus hojas” (Collazos, 2011a, p. 13)

(...) un jardín sin árboles es como un río sin agua. (Collazos, 2011a, p. 76)

En una época le dio por hablar solamente de los corales y del paseo por la isla bajo un ‘diluvio tropical’ ¡Qué podía hacerse para organizar una brigada que impidiera el envenenamiento de las aguas y la masacre de los bancos de corales! (Collazos, 2011a, p.82)

Igualmente mantuvo vivo en un rincón de su memoria, el episodio que la alejó de esa naturaleza y que parecía haber sido el detonante de su olvido, el asesinato de aquellos jóvenes cuyos cuerpos encontraron en su lugar especial, cuando ya había olvidado muchas cosas. Ahí, el dolor también se mantiene y aflora de vez en cuando:

En la mañana, la abuela creía que seguíamos viviendo en Cartagena. Al día siguiente, pensaba que vivía en la casa de campo y pedía que le echáramos leña a la chimenea (...) — ¿Saben algo de los muchachos que encontraron muertos en la casa de campo? — preguntó un día —. No me explico por qué los enterraron desnudos. Mi padre nos dijo después que esa herida no había cicatrizado aún. (Collazos, 2011a, p. 100)

3. La narración de la identidad en el otro

Ricoeur nos plantea en *La memoria, la historia y el olvido* que:

En el plano más profundo, el de las mediaciones simbólicas de la acción, la memoria es incorporada a la constitución de la identidad a través de la función narrativa. Y como la

configuración de la trama de los personajes del relato se realiza al mismo tiempo que la historia narrada, la configuración narrativa constituye a modelar la identidad de los protagonistas de la acción al mismo tiempo que los contornos de la propia acción (Ricoeur, 2004, p. 115)

La identidad de esta mujer, para su nieta, estaba íntimamente ligada al lenguaje... la narrativa de Mamamenchu estaba llena de epítetos, estos encantaban a Alexandra que siempre buscaba el significado de las ideas que su abuela expresaba, adquiría léxico, enriquecía su mundo, su imaginación, no importaba si el relato era verdadero o no, era maravilloso escucharla e imaginar:

Era muy entretenido escucharla porque uno nunca sabía si hablaba en serio o en broma. Para cada cosa tenía un chiste. O una anécdota. Para que creyéramos sus cuentos, así fueran inverosímiles y fantásticos, siempre decía que lo que iba a contar le había sucedido durante un día lluvioso de invierno, o un día caluroso de verano, o en la más negra penumbra de una tarde de otoño. (Collazos, 2011a, p. 36)

Algunas de las palabras que la abuela usaba eran difíciles de entender. A mí me fascinaban aunque no las entendiera. Tenían música (...)

— Mañana fue sábado — le escuché decir una tarde.

Era la frase más misteriosa que había escuchado jamás. Quise averiguar dónde estaba el misterio de esa frase, pero supe que su misterio era tan grande que lo mejor era creer que, en efecto, mañana fue sábado. (Collazos, 2011a, p. 39)

Por supuesto que tenía un gran misterio, su abuela ya sufría síntomas de Alzheimer y había comenzado a perder sus facultades para el lenguaje; frases que no eran solamente producto de su revolucionaria manera de pensar como cuando le sugiere referirse como “madres” cuando quisiera hablar de ambos padres ¿por qué no? Tampoco

se trata de pequeños equívocos como trabar los nombres de sus amigas, como cuando una madre va a llamar a alguna de sus cinco hijas y primero llama a las cuatro que no quiere hasta dar por fin con el nombre correcto. Alexandra es consciente de que su abuela ha sufrido un gran cambio en su vocabulario y en su forma de expresarse:

Mucho tiempo después, me detuve a pensar en la confusión de las palabras y creí que el diccionario de la abuela había sufrido grandes modificaciones. El significado de una palabra pasaba a otra y lo que representaba una palabra se cambiaba para confundirla con otra. El río era el mar. La casa era la cueva. Lo blanco era lo negro. El agua era la leche.

Una de las chancletas hacía juego con un zapato de fiesta rojo. (Collazos, 2011a, p.91)

El historiador Ezequiel Adamovsky (Sztanjnszrajber & Adamovsky, 2016)

comparte la idea de que la identidad es un mito, una ilusión; a pesar de creer saber quiénes somos, la identidad carece de sustancia, de la certeza de saber quiénes somos realmente. En la conferencia *¿Qué es la identidad?*, que se llevó a cabo en el Centro Cultural de la Ciencia en Argentina, afirma que la identidad es al menos dos cosas: una narración y una imagen, la imagen de la propia persona y la imagen virtual de cómo somos percibidos desde fuera:

Es narrativa porque nos construimos en relación con el tiempo y en el paso del tiempo todo es cambiante, pero como podríamos identificar que a pesar que el cuerpo se haya transformado en el tiempo y las ideas se hayan transformado, se sigue siendo la otra persona.

Y la identidad colectiva es aún más cambiante, por eso la narración se vuelve crucial para cuerpo a eso que llamamos identidad, (...) porque somos capaces de contarnos la historia que nos dice que a pesar de todos los cambios que hemos atravesado; sin

embargo hay algo que permanece, es decir, una continuidad ininterrumpida de eso que somos o eso que creemos ser. Una narración no es ni más ni menos que un cuento que ordena en una secuencia los cambios. El cambio que es lo diferente, lo distinto que podría vulnerar la identidad (...) sin embargo, una narración consigue la magia de convertirlo en una secuencia que garantiza la continuidad de lo mismo. (Sztanjnszrajber & Adamovsky, 2016) (La transcripción es mía)

Para realizar una narración se necesitan las palabras, pero Alexandra ha escuchado a sus padres y a su tía Esmeralda que un aspecto de la enfermedad ha empezado a hacerse más evidente:

No encontraba las palabras y se desesperaba. Se le embolataba la ropa y se desesperaba. En ocasiones su desesperación era tan grande que reaccionaba como una niña, con pataletas y llantos. Mi mamá decía que a la abuela se le estaba secando la fuente donde guardaba las palabras, que, al principio, si no podía decir lo que quería expresar, se ponía furiosa o le daba por llorar. (Collazos, 2011a, pp. 123-124)

Alexandra prefiere pensar que su abuela ha decidido dejar de hablar por su cuenta; si su fuente interior de palabras, su diccionario particular se estaba diluyendo, ella decide prepararse para el futuro y se propone prepararse para que, cuando la abuela estuviese perdida buscando las palabras, ella sería capaz de hacerle escuchar experiencias, nombres y lugares para ponerla contenta. A sus doce años asume una tarea personal, comienza a escribir, a narrar el relato de la vida de su abuela, descubre la trascendencia de una memoria colectiva. En la sencillez de su pensamiento infantil, reconoce que su experiencia es corta y que la única forma de alargar es con la memoria de sus mayores:

Miraba a la abuela y el tiempo empezaba a devolverse. Podía regresar en el tiempo, pero mi pobre vida era tan corta que no alcanzaba a llegar muy lejos. ¡Doce años! Muy poco. Casi nada. Saber esto me puso frente a un rompecabezas: ¿Cómo puede una volver más larga y antigua su memoria?

Me rompí los sesos hasta que llegué a esta conclusión: la memoria de una niña, la memoria de cualquier persona se vuelve más larga y antigua si se la conecta con la memoria de sus padres. La memoria de los padres se amarra a la de los abuelos. Un joven recibe como herencia la memoria de los más viejos. Si se va hacia atrás en el tiempo siguiendo la cadena de la memoria, se podrá llegar a los primeros seres que tuvieron memoria de las pocas cosas que sucedieron cuando el mundo no estaba todavía poblado. (Collazos, 2011a, p. 105)

Alexandra toma conciencia de la memoria colectiva; como diría Ricoeur (2006) “yo soy el otro” y el otro soy yo. En suma, se da el primer paso para asumir la inevitable conclusión, su abuela poco a poco desaparecerá y con ella, sus recuerdos, su memoria, su historia, si no existe alguien que asuma la tarea y que la narre. Ella toma esa decisión, ella será su memoria, **ella se convierte en esa representación presente de la cosa ausente**. La memoria no ofrece una identidad temporal como individuos, una identidad de un poco más alcance como colectividad, pero al final, nos habremos ido, nuestras memorias e identidades quedaran disueltas y fusionadas en la colectividad de aquellos con los que hemos tenido contacto. Somos, de alguna manera, responsables de mantener viva la memoria de nuestros abuelos. Alexandra toma la tarea de narrar la historia de Mamamenchu. Para eso toma el álbum de la abuela y empieza a ordenar las fotos por eventos, inicia ese proceso de conmemoración a una vida ya vivida.

Si somos lo que recordamos, ¿es posible que sigamos siendo cuando nuestros recuerdos hagan parte de otro mientras emprendemos el camino hacia la nada? ¿Es posible que nuestra identidad se mantenga en la percepción de otros, cuando no seamos capaces de reconocerla en nosotros?

La identidad no es solo la conciencia plena de quienes somos, es también la huella que hemos dejado en otros y que permite que nos reconozcan o nos desconozcan.

Mamamenchu, se pierde en la laguna profunda de sus recuerdos, se sumerge en su propio mundo, dejando de ser lo que siempre había sido, pero para su nieta nunca dejaría de ser su abuela, el ser alegre que la introdujo en el mundo de las palabras, en la narración de la vida, aunque en ocasiones provoque esconder la cabeza y no enfrentar el dolor que la vida conlleva en tantas ocasiones. Mamamenchu detiene su relato pero sin saberlo, le pasa la pluma a la niña que la admira, a la joven que ha asumido esa tarea de recolectar las memorias del pasado de su abuela, de ordenar su vida cronológicamente; a pesar de descubrir que ese álbum de fotos ya no logra traer de regreso la conciencia de su querida abuela, la joven ya tiene cerca de 18 años cuando el relato culmina:

A la mañana siguiente, al pasar las páginas del álbum con fotos de la infancia, sentí revivir la placidez de la abuela, el calor de su cercanía. Por momentos, sentía que ella inclinaba el cuerpo hacia un costado del mío. Me había sentado a su lado, acercando una silla de mimbre a la silla de ruedas. La veía cerrando los ojos por algunos instantes y me imaginaba que los cerraba para poder regresar al lugar y momento en que tomaron la foto de los cañaduzales y al día en que la montaron por primera vez en una carreta llena de caña de azúcar tirada por bueyes. (Collazos, 2011a, p. 183)

Rememorar requiere un esfuerzo en ese ejercicio de la memoria. Alexandra ha logrado que su abuela se conecte con su pasado fotos de su niñez, casi un siglo atrás; sin embargo, llega un momento en que ya no refleja ninguna emoción, no reacciona ante las fotos de su matrimonio, de hecho queda la duda de si las reacciones anteriores fueron reales o eran lo que joven esperaba escuchar de ella, aunque al venir la enfermera y tomarle el pulso dice que la anciana está agotada y se la lleva dentro con una expresión de pánico en su rostro. Alexandra se encierra en su cuarto a repasar una y otra vez cada una de las fotos en el álbum, pero falta una... dicen que hay dos momentos de nuestra vida de los que no podemos dar cuenta; cuando inicia nuestra vida y cuando termina, es allí cuando necesitamos al otro, para que termine nuestro relato, para seguir narrando, seguir rememorando y proyectando una parte de la propia identidad en sí mismo:

Alcancé a distinguir la voz de los médicos. Me tapé aún más la cara, me cobijé el cuerpo.

No quería por nada del mundo saber lo que se decía allá afuera ni lo que estaba sucediendo en el cuarto de la abuela. Recorría con la mirada todo el álbum de fotos.

Faltaba una, me dije, la última.

Cerré entonces los ojos y me la imaginé, vestida toda de blanco, extendida en su cama, lo ojos cerrados, las manos cruzadas en el regazo. Hermosa. Verdaderamente hermosa y plácida.

Esta era la foto que faltaba en el álbum. (Collazos, 2011a, pp. 188-189)

Mamamenchu ha muerto y aunque al culminar el relato vemos a una joven que pretende evadir la realidad quedándose en su cuarto e ignorando lo que escucha: Alexandra ha crecido. En ese proceso de acompañar a su abuela y de asumir el relato de su vida, ha comenzado su propio relato. La joven ha ido madurando, ha ido asumiendo

tareas por iniciativa propia, es capaz de reconocer las necesidades del otro, ha tomado con responsabilidad el papel de investigadora y luego de cuidadora de su abuela, aunque sus padres no estuvieran de acuerdo con ello. No entiende el modo de ser de los adultos, no quiere aceptar lo que pasa con la abuela pero al ir la acompañando ha hecho poco a poco su propio duelo, ha dejado un registro escrito de ese proceso, ha llevado un diario de sí misma en el transcurso de la experiencia con Mamamenchu. Se ha convertido a sí misma en la depositaria de la memoria del ser ausente. Poco a poco ha ido construyendo su identidad mientras su abuela se iba desprendiendo sin querer de la propia.

Capítulo 3

La memoria manipulada: El abrazo de la muerte

“El abrazo” Lygia Bojunga

*No puedes cerrar los ojos (...) Cerrarlos no soluciona nada.
Por más que los cierres, no desaparecerá el problema. Al contrario,
cuando vuelvas a abrirlos, las cosas habrán empeorado aún más.
(...) Sólo los cobardes apartan la vista de la realidad. Y mientras tú
cierras los ojos y te tapas los oídos el tiempo va transcurriendo.
¡Tic! ¡Tac! ¡Tic! ¡Tac! (Murakami, 2006, p. 176)*

En “El abrazo” de Lygia Bojunga nos encontramos con una historia terrible contada de una forma casi surrealista, en la cual es difícil determinar la línea entre la realidad y la imaginación de la memoria narrada por su protagonista. Una evidencia más de la fragilidad de la memoria, cuando el sujeto es quien recuerda lo que quiere, lo que le conviene, consciente o inconscientemente.

En este capítulo, observamos algunos de los planteamientos de Ricoeur sobre el abuso del olvido y las consecuencias que trae sobre la protagonista. En la sección sobre el olvido que tiene este autor en su libro “La memoria, la historia, el olvido” (2004) hace referencia a la dimensión selectiva y necesaria de un relato y explica sobre la estrecha relación entre la memoria declarativa, la narratividad y la representación figurada del pasado histórico:

Las estrategias del olvido se injertan directamente en este trabajo de configuración:
siempre se puede narrar de otro modo, suprimiendo, desplazando los momentos de
énfasis, refigurando de modo diferente los protagonistas de la acción al mismo tiempo

que los contornos de la misma. (...) La insuficiente memoria de la que hablamos en otro lugar puede considerarse como olvido pasivo en la medida en que puede aparecer como un déficit del trabajo de memoria. Pero en cuanto a estrategia de evitación, de elusión, de huida, se trata de una forma ambigua, tanto activa como pasiva, de olvido. Como activo, este olvido entraña la misma clase de responsabilidad que la que se imputa a los casos de negligencia, de omisión, de imprudencia, de imprevisión, en todas las situaciones de no-obrar, en las que se manifiesta después a una conciencia ilustrada y honesta que uno debía y podía saber, o al menos intentar saber, que se debía y se podía intervenir. (Ricoeur, 2004, pp. 572-573) (El subrayado es mío)

Si comprendemos por historia al conjunto de los acontecimientos y hechos, especialmente los vividos por una persona, por un grupo o por los miembros de una comunidad social; entonces **comprendemos que para agrupar estos hechos es necesario una narración de los mismos, pero esa narración puede verse viciada o manipulada por diferentes razones.**

Cuando libremente o por temor hacemos la elección de suprimir ciertos eventos desagradables o violentos del relato de nuestra vida en lugar de enfrentarlos y resolverlos, estamos recurriendo al olvido como una “estrategia de defensa” como lo llamaría la psicología; sin embargo, caemos en un abuso y una negligencia que puede traernos consecuencias de ese no-obrar a tiempo. Una de esas consecuencias la plantea Freud desde el psicoanálisis, la escisión del yo, ya veremos si encontramos en la novela elementos suficientes para plantearnos la existencia de Clarice como un alter ego o un yo escindido para Cristina y como el sufrir esa disociación la lleva a su final fatal.

En el artículo “La Escisión del yo en el proceso defensivo”, escrito por Freud y publicado después de su muerte en la recopilación de su obra, el autor hace referencia al comportamiento del “yo” en circunstancias difíciles, incluso afirma que se produce una alteración del yo en los diferentes procesos defensivos:

El yo del niño se encuentra, pues, al servicio de una poderosa exigencia pulsional que está habituado a satisfacer, y es de pronto aterrorizado por una vivencia que le enseña que proseguir con esa satisfacción le traería por resultado un peligro real-objetivo difícil de soportar. Y entonces debe decidirse: reconocer el peligro real, inclinarse ante él y renunciar a la satisfacción pulsional, o desmentir la realidad objetiva, instilarse la creencia de que no hay razón alguna para tener miedo, a fin de perseverar así en la satisfacción. Es, por tanto, un conflicto entre la exigencia de la pulsión y el veto de la realidad objetiva. Ahora bien, el niño no hace ninguna de esas dos cosas, o mejor dicho, las hace a las dos simultáneamente, lo que equivale a lo mismo. Responde al conflicto con dos reacciones contrapuestas, ambas válidas y eficaces. Por un lado, rechaza la realidad objetiva con ayuda de ciertos mecanismos, y no se deja prohibir nada; por el otro, y a renglón seguido, reconoce el peligro de la realidad objetiva, asume la angustia ante él como un síntoma de padecer y luego busca defenderse de él. Es esa una solución muy hábil de la dificultad, hay que confesarlo. Ambas partes en disputa han recibido lo suyo: la pulsión tiene permitido retener la satisfacción, a la realidad objetiva se le ha tributado el debido respeto. Pero, como se sabe, sólo la muerte es gratis. El resultado se alcanzó a expensas de una desgarradura en el yo que nunca se reparará, sino que se hará más grande con el tiempo. Las dos reacciones contrapuestas frente al conflicto subsistirán como núcleo de una escisión del yo. (Freud, 1964, pp. 275-276)

En el estudio Freud hace referencia a que el niño está habituado a cierta conducta que le produce placer, **en el personaje de Cristina-niña parece ser su gusto por explorar ese mundo desconocido, los olores, los sabores, las sensaciones nuevas que ofrecía su experiencia en el campo de Minas;** hasta que se enfrenta a una realidad, a una vivencia angustiante y peligrosa, **siendo una niña de ocho años no es extraño que su terror estuviera más ligado a la oscuridad y a la posibilidad de morir, que a la violación misma cuya gravedad desconoce pero queda registrada en su memoria reprimida.** Siguiendo con la descripción de Freud, el niño debe decidir entre reconocer el peligro y renunciar a la satisfacción o desmentirlo y convencerse de que no existe tal peligro y perseverar en la satisfacción, como niño no elige y termina haciendo las dos cosas simultáneamente cayendo en una escisión del yo: **en el caso de Cristina, quiero mostrar como el relato nos evidencia esta alteración del yo en dos conciencias de la realidad. Cristina siguió viviendo su vida evitando aceptar la realidad de lo que sucedió; nunca menciona su violación, excepto en sueños con su pequeña amiga. Clarice representa la conciencia de lo que sucedió, la exigencia de que no quede en el olvido, un yo de conciencia dividida: un yo que al crecer llega a sentir una atracción prohibida e incomprensible por el agresor y el otro que le manifiesta una rabia intensa sin perdón.**

1. La apertura

La novela comienza con una narración en primera persona y avanza a través de un diálogo intradieгético entre la protagonista, una joven que acaba de completar sus 19

años, y la escritora brasilera del cuento “El abrazo”, cuyo nombre jamás se menciona y que en las últimas seis páginas, después de su último diálogo, es quien termina la narración (a quién relacionamos con una representación de la autora de la novela que lleva el mismo nombre del cuento dentro del relato). Cristina empieza queriendo realizar por fin una especie de catarsis, queriendo liberarse al fin de una serie de pensamientos que la inquietan y que torturan su mente, así que todo comienza con una confesión:

Necesito contártelo. No puedo seguir guardando todo esto dentro de mí. Ya sé que había decidido no contarle a nadie, pero no puedo seguir callándolo después de lo que me sucedió anoche.

Déjame ver por dónde comienzo.

Bueno, me parece mejor contarte de una vez que cuando yo tenía ocho años fui vio... no, espera: dejemos eso para después: todavía estoy tan impresionada con lo que me sucedió anoche, que es mejor que te cuente primero lo de la fiesta. A ver si me tranquilizo, a ver si me calmo. Después te contaré el resto. (Bojunga, 1995, p. 9)

Es evidente desde el principio de la novela que su violación es un tema que la protagonista evita expresar en voz alta. A pesar que de niña nunca lo confiesa abiertamente y parece que lo hubiese bloqueado, luego interpretamos que ella ha tenido conciencia del hecho, no sabemos desde cuándo, pero ha decidido dejarlo oculto. Esta conversación tiene lugar justo después de una fiesta donde ha tenido contacto con una mujer misteriosa y enmascarada cuyo atuendo asocia con Venecia, el lugar que siempre ha querido conocer. Ella ha relacionado a esta mujer con su amiga de la niñez, Clarice, quien había desaparecido en la playa cuando tenía siete años. Un año después de esto, después de su violación, mantuvo conversaciones y juegos en sus sueños con Clarice.

Años después, la fiesta del encuentro ha tenido lugar casi una semana después de que ha reconocido a su violador en la figura del payaso de un circo al que ha asistido con un grupo de amigos. Esto la ha llenado nuevamente de inquietud y decide salir de la oscuridad del silencio y hablar con su amiga la autora del cuento “el abrazo”. Como si el encuentro con su agresor hubiese activado y permitido el encuentro con Clarice de nuevo. Lo que Freud llamaría: “la síntesis de los procesos yoicos” (Freud, 1964, p. 276) La interrelación de las identidades disociadas. Un evento los disocia y un evento semejante los asocia de nuevo.

2. La realidad angustiante

Cristina relata como el hecho que **más la impresionó** mientras era niña fue la desaparición de su amiga Clarice cuando ambas tenían siete años y compartían características físicas muy similares como el color de su cabello y su estatura. Se había mudado al edificio y eran muy semejantes en todo, se volvieron “*muy amigas, como uña y mugre; donde iba la una, la otra la seguía detrás*” (Bojunga, 1995, p. 16). Clarice desaparece en la playa durante unas vacaciones familiares en San Pedro de la Aldea. La última vez fue vista hablando con un hombre y nunca más se la volvió a ver. Al ser una niña y perder su mejor amiga, Cristina queda muy impresionada, pero su vida continúa.

Según le narra a su interlocutora, un año después, durante unas vacaciones con sus padres en Minas, ella es víctima de una violación. Estaba explorando el lugar como cualquier niño, descubriendo: agujeros de armadillos, osos hormigueros, lagartos al sol, disfrutando la aventura de dormir en un lugar ajeno al suyo, de probar cosas por primera

vez: tomar leche recién ordeñada, ver la luna grande salir entre los matorrales, el olor distinto del aire, a tierra y pasto mojado. Un mundo nuevo tan llamativo que no le importó ser la única niña entre gente adulta. Tal vez por eso pasó desapercibida para ellos cuando se alejó de casa, un grupo adulto sin memoria pues después del suceso de Clarice, uno pensaría que los padres de Cristina debieran haberla advertido sobre hablar con extraños y no la perderían de vista en lugares tan amplios. En la playa mientras zambulle su cabeza en el río, un hombre que se ha arrodillado a su lado la toma del brazo con firmeza. Desde ese momento lo bautiza, el Hombre de Agua: tiene unos treinta años, la mira fijamente y es de apariencia agradable aunque desaliñada:

Yo tenía la cara hundida en el agua, con los ojos bien abiertos, esperando a que pasara un pez, cuando sentí que alguien me tomaba firmemente del brazo. Saqué la cara del agua.

Había un hombre arrodillado a mi lado, sujetándome como si nunca más me fuera a dejar escapar. Primero lo vi en el agua, ¿entiendes?, reflejado en el agua, y por un instante sólo un instante muy intenso tuve la impresión de que era un hombre hecho de agua. (...) Su cara era muy atractiva (¿será por eso que al principio no me asusté?) y me miraba de una manera muy rara. Sin decir nada. Pero la mano no me quería soltar. (Bojunga, 1995, p. 19)

A pesar de que no la suelta, ella no siente temor. El peligro más grande que sabía que podía enfrentar era la muerte, después de conversar con él un rato, él le va a mostrar otro lugar y se deja llevar por la curiosidad hasta que empezó a sentir recelo con la oscuridad:

Nos internamos más en el matorral. El sol desapareció. Me dio miedo. Quise aferrarme al suelo. Me arrastró. Grité. Rápidamente me tapó la boca. Le mordí la mano. Se arrodilló, me empujó. Y también me mordió. En la boca.

¿Fue miedo? ¿Fue dolor? Quedé paralizada. Me forzó hacia el suelo; se montó sobre mí; deshizo el nudo de su corbata gris y la arrancó de un tirón (¿me iba a matar?); atravesó su corbata alrededor de mi boca; le dio una vuelta, hizo un nudo, pero cuando lo iba a apretar, me miró, se detuvo, y entonces sucedió algo extraño: sus ojos me sonrieron.

— Qué bueno que te encontré. Dijo. Y su mirada se suavizó tanto que perdí el miedo.

¡Ah! ¿Entonces no me iba a matar...? (Bojunga, 1995, p. 21)

Claramente está ejerciendo violencia sobre ella, luego la confunde el hecho de saber que él parece conocerla o confundirla con alguien más, alguien que tiene el cabello muy semejante al suyo, pues lleva un mechón, guardado en una caja de fósforos para compararlo con su nueva víctima. Por su lado, el agresor ha guardado su propio monumento a la memoria, algo que para él es memorable y merece ser recordado y repetido, aunque para el resto de personas pueda ser considerado algo tan terrible que lo mejor sería olvidarlo. De repente, la llama “Clarice”, para él es un reconocimiento de la niña que lleva guardada en su memoria y que ha venido buscando, la niña le aclara con certeza: “*Yo no soy Clarice, yo soy Cristina, me llamo Cristina*” (Bojunga, 1995, p. 23). Hasta ese instante ella tiene muy claro quién es. El pánico que siente la paraliza, la oscuridad que la rodea la aterra. Y el hecho de que él la llamara así, encendió en ella el recuerdo de su amiga: “*Y mientras más fuertemente la recordaba, más me preguntaba si su Clarice era la misma que la mía, es decir, si él me confundía con la Clarice que había sido mi amiga*”. (p. 23)

La oscuridad aparece como su temor más grande, no saber qué le va a suceder, ¿la piensa matar? No poder ver ¿dónde está?

— Está oscuro — no sabía si era un olor a pan lo que yo sentía. Pero olía a tierra, de eso sí estoy segura. Yo estaba descalza y mis pies sentían la humedad del piso de tierra —.

¡Está oscuro! — dije de nuevo, cada vez más alto —. Está oscuro, está oscuro, está oscuro — me tapó la boca con sus manos; su voz se acercó a mi oído; cerré los ojos con fuerza, como si al no ver la oscuridad, la oscuridad desapareciera. (Bojunga, 1995, p. 23)

Interesante analogía de lo que hizo el resto de su vida, cerrar los ojos al episodio oscuro de su vida, ignorar que estaba allí a ver si desaparecía. El olvido, la oscuridad de la memoria... Cristina se sume en la oscuridad de sus miedos y termina poniendo el hecho terrible en la oscuridad para no tener que enfrentarlo:

También recuerdo el sonido de la lluvia cayendo. Y mientras oía el sonido de la lluvia que caía, escuché su voz que decía, “Te prometo, Clarice, te prometo, que esta vez no morirás en mi abrazo”. Y me abrazó con más fuerza que las otras veces, y entró con fuerza dentro de mí.

Y en la oscuridad que nunca terminaba, que nunca terminaba sucedió algo increíble:

¡Desperté y la puerta estaba abierta! Permanecí mirando la claridad exterior. Una claridad cada vez más clara. Miré hacia un lado, hacia el otro: no había nadie. (Bojunga, 1995, p. 24)

La memoria de esta joven de dieciocho años está haciendo el ejercicio de recordar lo que sucedió y que llevaba bloqueando por tanto tiempo. La memoria se vale de ciertos elementos para atar recuerdos, olores, sonidos, sensaciones... Ricoeur los llama monumentos. Sus recuerdos están anclados a olores, a sonidos, a percepciones de luz y oscuridad. El hecho que ocurre en la oscuridad terrible pasa a formar parte de sus

pesadillas y al saberse viva: *Desperté*. Encuentra la puerta abierta y huye de todo lo sucedido, al regresar a la casa que parecía tan lejana, se sume en un fuerte abrazo con su madre: “Alguien me vio, me señaló, mi mamá vino corriendo, las dos corrimos la una hacia la otra, con los brazos extendidos, para abrazarnos más rápido, más de prisa, ¡y cómo nos abrazamos!” (Bojunga, 1995, p. 25). A partir de este momento su mente de niña se ubica en el placer de comer jabuticabas, ejerce voluntariamente una negación de la memoria, desvía su atención hacia otro espacio en su memoria, algo que le causa placer. Los adultos la interrogan sobre lo que ha sucedido mientras estuvo lejos, si tuvo contacto con el hombre en los matorrales, si la había tocado... ella contesta con monosílabos hasta que la madre interviene y les pide que la dejen en paz pero comienza a seguirla como una sombra. Nadie más vio a aquel hombre: “De su rastro, sólo quedaron las cáscaras de bananos y el papel que envolvía el pan” (Bojunga, 1995, p. 26).

Después esto, su madre tuvo fiebre y ella enfermó de indigestión, volvieron a Río. La vida continuó.

3. La negación de la memoria. La escisión del yo

Como ya mencionamos, según el psicoanálisis, ante un evento traumático un posible mecanismo de defensa es la negación de los hechos y esto puede llevar a una disociación de la realidad: una escisión del yo. Cristina sufre un evento traumático cuando aún es demasiado pequeña para comprender:

Recuerdo que pasaba mucho tiempo inmóvil, mirando hacia la nada, como se dice, y, a veces, cuando mis ojos se movían, se encontraban con los ojos de mamá mirándome,

como si me preguntaran, “¿Piensas en él?”. Pero sucedió algo curioso, ¿sabes? Mientras estaba despierta, yo no pensaba en lo sucedido. Sólo pensaba durmiendo, es decir, soñando, y cuando la gente piensa en los sueños los pensamientos se voltean *al revés*. Y vemos cosas que nunca habíamos visto cuando el pensamiento está *al derecho*. Entonces, en lugar del Hombre de Agua, me encontraba en los sueños con Clarice. (Bojunga, 1995, p.27). (El subrayado es mío).

En este momento surge la disociación, en sus sueños cambia el suceso, a partir del hecho que la angustia, ella vuelve a ver en sueños a su antigua amiga, sabe que es ella, pero es igual sí misma:

— La primera vez que Clarice apareció, de inmediato supe que era ella. (...) uno no ve la cara, no ve quién es, pero *sabe* que se trata de fulano o de zutano. Cuando Clarice apareció enseguida noté dos cosas: que teníamos la misma estatura y que su pelo era igual al mío... Inmediatamente empezamos a jugar. (...), y desde entonces comencé a soñar todas las noches con Clarice. (...)

— ¿Te moriste en el abrazo que te dio?

— Me morí. (Bojunga, 1995, p. 27)

En el momento en que Cristina comienza a habitar más el mundo aislado de sus sueños y se aparta de la realidad, sus padres desaparecen, no vuelven a ser mencionados, ni siquiera diez años después. Otro asunto que queda en la oscuridad ¿por qué la joven está tan sola? ¿Qué ha pasado con sus padres? Es como si su experiencia de vida se redujera a la vivencia de ella consigo misma. Un mundo rodeado de sombras, limitado a lo que se permita ver y experimentar. Clarice aparece en sus sueños como una imagen de sí misma con la que puede hablar del hecho, alguien que sufrió lo mismo, pero alguien con quien puede jugar y distraerse un poco. Clarice la abraza, le da todo el afecto que

como niña necesita, pero que ella no pide. No sabemos qué pasó después de ese primer abrazo que le dio su madre después de encontrarla en Minas. Tal vez el sentimiento de culpa la invadió demasiado como para darle el afecto que su hija necesitaba para volver a contactar el mundo. Clarice se convierte en todo lo que Cristina necesita.

Según el diccionario de psicoanálisis, *la escisión del yo* es un término usado por Freud, como ya vimos, para denominar:

(...) la coexistencia dentro del yo, de dos actitudes psíquicas respecto a la realidad exterior en cuanto ésta contraría una exigencia pulsional: una de ellas tiene en cuenta la realidad, la otra reniega la realidad en juego y la substituye por una producción del deseo. (Laplanche & Pontalis, 2004, p. 125)

Cristina solo desea jugar, pero algo en ella sabe que no está bien. Su mente se disocia y por un tiempo le presta el servicio que necesita. Juegan a los abrazos, abrazos de toda clase; casualmente hoy los abrazos han sido catalogados por muchos, como sanadores, pero en este relato, el abrazo sanador también tiene su revés. Fue en un abrazo del agresor que Clarice recibió la muerte. Poco a poco en medio de esta negación mental en el mundo consciente, Clarice muestra su postura diferente frente a la violación. Una noche se le presenta como una mujer:

(...) una noche apareció Clarice y la miré, sin poder creer lo que veía: ella había crecido, ahora era una mujer. Traía flores. (...) Tuve miedo: ¿Por qué Clarice estaba así tan quieta? ¿Qué estaba pasando? ¿No iba a jugar más conmigo?

Así con una Clarice grande, comencé a sentirme cada vez más insegura. Y además el cielo se oscureció, y yo no sabía si era de noche o si se aproximaba una tempestad.

Decidí irme. Pero los pies se me enterraron en la arena; sólo entonces me di cuenta que estábamos junto al río. (Bojunga, 1995, p.27)

Nuevamente el temor lo asocia con la oscuridad, el temor aparece cuando observa que Clarice ya es diferente de sí misma, y es esa Clarice la que la lleva de nuevo al lugar de los hechos y la enfrenta a lo que sucedió, mientras Cristina se empeña en no reconocer lo que le ha sucedido, Clarice, que podría ser su ser escindido, le incita a no olvidar, a no perdonar nunca lo que le sucedió y le da un último abrazo antes de desaparecer de sus sueños:

— Es para mostrarte cómo es el abrazo de cuando no se olvida, de cuando no se perdona. Y este es el abrazo que te dejó Cristina. Para que nunca lo olvides, para que nunca perdones lo que te sucedió aquí en este río. — Retrocedió y desapareció en la oscuridad, diciendo una y otra vez, “Es para que no lo olvides, para que nunca perdones, para que nunca lo olvides...” (Bojunga, 1995, p. 30)

Sin embargo, Cristina crece, pero deja el episodio en el olvido, ella misma lo reconoce en su conversación con la autora:

Había olvidado el *derecho* de ese episodio de mi vida desde mi regreso de la hacienda. Como no volví a soñar con Clarice, también olvidé el *revés*. Meses después, el olvido era total. Como si el Hombre de Agua nunca hubiera pasado por mi vida. (Bojunga, 1995, p. 31)

Sin embargo, si había sucedido, así que diez años después, días antes del su cumpleaños, sale con sus amigos y en el circo, al ver el show de los payasos, ve algo que activa la memoria olvidada: un payaso en particular, los rizos de su cabello, sus ropas raídas le atraen irremediabilmente. Cristina ya no es una niña inocente, ahora ya siente

como mujer y está confusa ante lo que siente; empieza a sentir atracción donde antes hubo miedo a morir. Al ver nuevamente al “Hombre de Agua” como lo llamó en su niñez en medio de sus sueños, ella necesita de nuevo a su Clarice, su alter ego, la parte de sí misma que nunca olvidó, quien aparece de nuevo para reclamarle por no haber hecho nada, por olvidar, por dejar el hecho en la impunidad; le culpa por sentir deseo por quien solo debía provocarle repudio ante su perversión. Clarice ya no aparece igual a sí misma, ahora es su yo escindido, oculta su rostro tras una máscara veneciana: “*Con el mismo disfraz (¡Ah, que ganas de mirarle la cara, en lugar de esa máscara!)*” (Bojunga, 1995, p. 31). Al estar de nuevo con ella surge la necesidad de hablar, de interrogarla sobre todo por aquello que no se le ocurrió cuando niña. Esa máscara puede ocultar su propio rostro o puede ocultar el rostro de todas las mujeres que han sido abusadas y cuyos crímenes han quedado en la impunidad. Pero para Cristina, es Clarice, con quien puede hablar. Es esa misteriosa mujer enmascarada a la que la joven le cuenta su encuentro con el abusador en el circo, un extraño ejercicio de la memoria ¿consigo misma?:

El payaso se quitó el gorro para agradecer y le vi la cara pintada. Una raya verde salía de lo alto de la cabeza y bajaba por la nariz hasta la quijada, dividiendo en dos la cara (...)

En una mitad, el pelo era negro y ensortijado; en la otra era largo y rubio.

En ese momento, se me despertó el recuerdo de la hacienda de Minas, con tanta fuerza que me dolió. ¡Me dolió! Como si me hubieran dado un golpe en el pecho. El río, la cara del hombre en el agua, la cabaña cerrada, la voz que hablaba en la oscuridad, los sueños (...) yo solo *sentía* el peso de cuerpo aquí. (Bojunga, 1995, p. 33)

Cristina nuevamente se completa, llena el vacío de su memoria y eso la golpea con fuerza, comienza recordar todo lo sucedido y necesita volver a encontrarse con ese

hombre, necesita llenar los otros vacíos de su memoria: ¿por qué? ¿Por qué a ella? ¿Era ella más atractiva que otras?

Sentía el miedo que no había sentido a mis ocho años. El gran miedo a de mis ocho años había sido: ¿Me matará? Y sólo ahora sentía el otro miedo, y mientras más miedo sentía, más aumentaba mi curiosidad. Yo quería conocer mejor a este hombre para entender por qué había hecho aquellos conmigo, para descubrir por qué yo era Clarice para él. De repente, quería *necesitaba* saber si Clarice era una niña, así como yo en la hacienda, o si Clarice era una joven, como soy ahora; o tal vez una mujer mayor, que él por alguna desviación mental, había reducido a una criatura indefensa (...) (Bojunga, 1995, p. 38)

La identidad personal es una identidad temporal. Es entonces cuando la acción sacada del olvido y del sueño, en cuanto a interrupciones de la conciencia, sugiere un retorno con fuerza de la idea de sustancia; ¿no hace falta la continuidad de una sustancia para llenar las intermitencias de la conciencia? Locke replica valientemente que, sea lo que sea del fondo sustancial, sólo la conciencia “hace” la identidad personal. Identidad y conciencia forman un círculo (Ricoeur, 2004). ¿Qué sucede entonces cuando no hay una conciencia plena? ¿Qué sucede con esa identidad? Es posible que llegue a desdibujarse y a quedar en una nebulosa. Cristina es una joven confundida que necesita llenar los vacíos de su conciencia y que además se encuentra sola frente a esto. Es notoria la soledad en la que se percibe al personaje ¿Qué ha pasado con sus padres? Es una joven de dieciocho años con un pasado traumático ¿Qué se ha hecho su familia? La vulnerabilidad en que la pone su silencio es marcada, nunca recibió un apoyo adecuado. Ella como víctima, nunca pudo asimilar que lo que le sucedió fue un crimen detestable:

Con la perspectiva de género se han identificado las formas como la violencia trastorna la vida de las mujeres en múltiples campos, socava su confianza como personas y reduce su autoestima física y psicológica; destruye su salud, niega sus derechos como seres humanos; restringe su libertad y limita sus oportunidades. (Munévar-Munévar & Mena-Ortiz, 2009, p. 360)

En su deseo de saber más de este hombre, Cristina se acerca a él y siente como mujer, es un hombre atractivo, ella misma lo invita a conversar: “Podríamos ir a algún lugar tranquilo. ¿No le parece? ¿Un lugar sin ruido?” (Bojunga, 1995, p. 38). El hombre extrañado ante esto acepta en silencio y la guía, se siente la tensión en el aire, los vacíos de su conciencia la empujan al peligro, lo vivido en su niñez se confunde con la tensión sexual al enfrentarse con cuerpo de mujer a aquel que la inició en su sexualidad:

De cuando en cuando nos mirábamos. Y dos o tres veces sus manos se posaron sobre las mías. Es decir, no lo sé, vaya uno a saber si no fueron las mías las que se posaron sobre las suyas. (...) mi sed continuaba, mi salivación aumentaba. Y entendí lo que hasta entonces no había entendido: lo deseaba.

Y claro mi confusión aumentó más: yo no podía sentir lo que estaba sintiendo, tenía que irme pronto (...) Y me besó. Fue un beso rápido, sabes. Pero fuerte. (Bojunga, 1995, p. 41)

Nuevamente Cristina, ahora como joven se enfrenta a algo traumático, conoce a su violador pero se siente atraída hacia él, su mente se divide nuevamente, lo cual la lleva otra vez a encontrar a su otra conciencia. Durante la fiesta de cuentos con el abrazo que le da la mujer enmascarada en la fiesta retoma la luz de la conciencia, nuevamente

relacionado con la oscuridad ¿quién es ella? Además aparece y representa a la Muerte, justo antes de su abrazo ¿qué simbología oculta este encuentro?:

Justo cuando me estaba abrazando, anunciaron que el siguiente cuento comenzaría en la oscuridad.

Las luces se apagaron.

El abrazo se acabó.

Y yo quedé paralizada: ¡Era el mismo abrazo! El abrazo que me había dado Clarice.

(Bojunga, 1995, p. 15)

Después de tantos abrazos en medio de sus sueños, ¿cuál era el único abrazo que importaba? ¿A cuál reconoció? Al último abrazo, el abrazo para no olvidar, para no perdonar. Más adelante reanudan su encuentro y conversan en medio de la fiesta. Cristina le cuenta entonces su encuentro con el Hombre de Agua, y Clarice se enoja y le ordena que le regrese su abrazo. Le hace visibilizar que lo que le sucedió fue un crimen y le reclama su silencio, así como su reacción inconcebible de sentir atracción por alguien que debería odiar y acusar:

— El abrazo que te di era para no perdonar, para que nunca te olvidaras de lo que él te hizo cuando sólo tenías ocho años. No era porque tuvieras ocho años, no. Podrías tener veinte, cincuenta, cien, ¡no importa! Lo que importa es que no existe perdón para quien atropella nuestros cuerpos — sacudió la cabeza así, y dijo —: y tú transformaste el abrazo de *no-perdón* en abrazo de fascinación: eres realmente una infeliz, te mereces lo peor. (Bojunga, 1995, p. 43)

Recibe su acusación: “Es por culpa de personas como tú, de personas que no tienen memoria, que perdonan tan fácilmente que ese crimen sigue sin recibir el castigo que

merece” (Bojunga, 1995, p. 44). Cristina queda confundida ante su acusación, que además pareciera estar relacionado con otros relatos de abusos y sus consecuencias para mujeres no niñas. Le explica con claridad el tipo de criminal que es este hombre y lo que ella debería sentir:

Mil veces peor es el criminal que asalta mi cuerpo. ¡Que es mío, mío! La cosa más mía que existe: mi verdadero hogar, del primero al último día; mi territorio, mi santuario, mi imaginario, mi pan de cada día. ¡Y él llega y lo asalta! Ni lo disimula ni lo insinúa: lo asalta. Sólo porque es más fuerte. No, no, discúlpame, me expresé mal: fuerza es inteligencia, fuerza es imaginación, fuerza es saber soportar el dolor, él lo aguanta porque tiene más músculo, y es por eso, y sólo por eso que me asalta, me rasga, me humilla (...) Y tú sigues ahí mirándome, como si no entendieras que para ese asalto tiene que haber una castigo peor. Eres realmente una infeliz. (Bojunga, 1995, p. 44)

Al separarse esa noche, Cristina queda inquieta, apenas empieza a comprender el crimen que habían cometido con ella y su gravedad; pero para este momento, Cristina ya no puede hacer nada, se ha puesto en una situación que la condena, está obsesionada con aclarar ciertas situaciones, con Clarice y con el Hombre de Agua. Esta negación de la memoria por decisión, surge tal vez como un mecanismo de defensa en la niñez, pero nos deja ver en su personaje que cerrar los ojos ante la realidad no elimina el peligro; podemos quedarnos mudos ante el crimen pero eso no desaparece al criminal, ni evita que cometa otros crímenes semejantes.

El olvido es un arma de doble filo, es cierto que hay dolores que es mejor olvidar, tal vez eso pensó la madre de Cristina en el primer momento cuando decide no indagar a su hija, ni permitir que nadie más le haga preguntas sobre lo sucedido; sin embargo, ese

silencio que la protegió de un dolor en su niñez, más adelante la llevó a la muerte temprana al exponerse a su victimario por segunda vez. Ha sido citada nuevamente y aunque intuye el peligro y es advertida por su amiga, la autora, igualmente acude a la extraña cita en una casa desconocida con Clarice. Tiene una premonición, aumenta su angustia pero también la necesidad de ir y develar lo que no comprende de su pasado. Lo único que hace en su proceso de rememoración, es que acude a alguien externo por primera vez. Antes de acudir a la cita, llama a esta mujer para contarle todo, a una artista, no a su madre o a alguien de su familia. Llama a una amiga, a la que nosotros como lectores, intuimos mayor que ella y que la cuestiona:

— ¿Entonces por qué vas?

(...)

— ¡Es mucho más que curiosidad! (...) Sabré lo que sucedió con Clarice, sabré si él estaba realmente enfermo o era un criminal, o si hizo aquello *conmigo* (es decir; lo de la hacienda) porque... era yo. (Bojunga, 1995, pp. 49-50)

Ha sido invitada nuevamente a representar una historia en una fiesta, cuando lo que quiere ella **es completar su propia historia**. Le confiesa a su interlocutora que se siente como uno de sus personajes en una historia con principio, medio y fin. Ella le contesta que puede ser que invente su final. Cristina se aleja hacia el final de su historia. Cuando llega a la fiesta, Clarice la invita al fondo de la casa para ensayar, Cristina le pide quitarse la máscara, ella accede y se acerca para que sea ella misma quien se la quite, pero cuando está en ese intento fallido, llega el tercer personaje. Nuestra protagonista se paraliza ante la visión del Hombre de Agua, quien representará un payaso. Confundida y fascinada, "*Cristina se deja llevar hasta el fondo del jardín. Pero, de repente, recuerda a*

la Mujer. Se detiene; mira hacia atrás, no ve a nadie. Grita, ¡Clarice! Pero la mano del hombre ahoga el grito rápidamente” (Bojunga, 1995, p. 54). Su alter ego ha desaparecido, una vez más ella debe afrontar la violencia contra su cuerpo, sola. Ella ha avanzado hacia el peligro, los recuerdos empiezan a llegar: el río, el olor a pan, la lluvia, las manos del Hombre del Agua. Ahora nuevamente la presiona contra el suelo y se monta sobre ella y le sobreviene la oscuridad, la oscuridad que la asustó de niña, la oscuridad en que mantuvo su memoria, la oscuridad del olvido que la trajo a este encuentro fatal:

El hombre aprieta la corbata en su mano como si fuera una rienda. Con la otra mano, arranca, rasga, se libra de cuanta tela encuentra en su camino.

Ahora el hombre es todo músculo. Crece.

Sólo afloja la corbata después del gozo. Cristina apenas logra tomar aliento: ya siente la corbata en su cuello y enrollándose en un nudo. Que aprieta. Aprieta más. Más. (Bojunga, 1995, p. 54)

Cristina ya no es una niña, ahora es una mujer, ahora tendría conciencia, ha empezado a hablar, ahora ya no es su temor el que le impedirá el ejercicio de la memoria, así que ahora el nudo en su cuello será el que le impida hablar para siempre. El silencio que se impuso en defensa propia, ahora le es impuesto por un agente externo y obra en perjuicio suyo. ¿Cuáles pueden ser las consecuencias de un olvido voluntario en nuestro relato de vida? Podemos llegar a perder la propia identidad, primero psicológicamente, sin llegar a saber quiénes somos o porqué actuamos como lo hacemos y, luego, como en el caso de Cristina, físicamente; pues, aunque no sepamos a ciencia cierta qué sucedió, el final de la novela es una escena de muerte.

En el personaje de Cristina podemos apreciar cómo su memoria ha sido manipulada, en primera instancia por ella misma, tal vez como un mecanismo de defensa ante un hecho violento que medianamente comprendía; luego por su familia, en particular por su madre que parece saber lo que ocurre pero al ver la reacción de la niña, entra en el mismo juego de negación (tal vez agradecida de que su hija no desapareciera como Clarice, la otra pequeña). Es así como por años nadie asume lo que ha sucedido. Cristina de alguna manera refleja en su persona los efectos de esa memoria manipulada. Su identidad se ha dissociado y en ese proceso se diluye, se desdibuja, llegando a dudar de su propio nombre y poniéndose a sí misma nuevamente ante el peligro. Podría ser el cumplimiento de la frase popular que afirma algo semejante que quien no acepta y reconoce su historia está condenado a repetirla. En ocasiones, ese desconocimiento, esa negación y ese olvido pueden ser fatales. Abrazar el olvido puede llegar a ser... el abrazo de la muerte.

Capítulo 4

Efectos de la des-memoria colectiva

“Un pueblo sin memoria es un pueblo sin futuro”¹

En este capítulo quiero centrarme en el entorno de nuestros personajes, el contexto que ambos autores han escogido y dibujado para cada uno de ellos, un entorno familiar para los lectores. Mi tesis radica en la vulnerabilidad a la que nos expone la desmemoria, la manipulación de la memoria o el abuso del olvido. Hasta ahora hemos visto algunas de sus consecuencias en la identidad personal, en la memoria individual, pero, ¿qué pasa con la identidad colectiva? ¿Cómo puede afectar la memoria colectiva en su historia y en su posibilidad de futuro? En ambas novelas los personajes protagonistas han sufrido en sí mismos las consecuencias de una memoria enferma o manipulada. Incapaces de reconocer su pasado, su propia historia, pierden su identidad y hasta la vida misma. Pero estos personajes no son entidades solitarias que aparecen de la nada, estas mujeres están situadas en un entorno social que de alguna forma las identifica y las determina consciente o inconscientemente.

El Diccionario Básico de Antropología publicado por Lorena Campo define la identidad sociocultural como: “el aspecto de la conciencia individual de sí mismo, que

¹ Este lema apareció en junio del 2015 en las graderías del estadio El Nacional en el partido Chile vs México para no olvidar. En esa zona se encuentran antiguos tableros de madera de la época de la dictadura, tiempo en que el reducto deportivo fue utilizado como centro de tortura y detención por el ejército comando por Pinochet. Recuperado de: <https://www.sdpmoticias.com/deportes/2015/06/15/un-pueblo-sin-memoria-es-un-pueblo-sin-futuro-lema-que-se-ve-en-el-estadio-del-chile-vs-mexico>

surge del reconocimiento de la pertenencia de un sujeto a su comunidad o grupo social y que incluye dimensiones emotivas y axiológicas (valores).”(2008, p. 94). Esta conciencia de pertenecer a una colectividad está ligada a espacios ideológicos, a recuerdos comunes, aspectos que están relacionados con la construcción y el reconocimiento de una memoria colectiva como integrantes de una familia, como habitantes de un país, como miembros de la humanidad.

Cada ser es un mundo, cada uno vive el mundo y construye una memoria individual que le permite constituir su identidad personal. Se trata de esa mirada interior, como lo afirma San Agustín: *“La memoria es del pasado y ese pasado es el de mis impresiones; en este sentido, este pasado es mi pasado (...) la memoria garantiza la continuidad temporal de la persona”* (Ricoeur, 2004, p.128). Así mismo, esto se puede extender para la identidad colectiva. Por lo tanto, es la memoria la que garantiza la continuidad de la identidad colectiva, más allá de lo confiable que resulte y de toda la discusión que aún persiste sobre la fragilidad de la memoria, ésta es una herramienta necesaria para la construcción de nuestra historia. El problema radica en su subjetividad y en la posibilidad de que sea manipulada o corresponda a una memoria enferma que nos lleve a caer en el desconocimiento y el olvido.

A pesar de que ninguna de las dos novelas escogidas brinda una marcada defensa de la colectividad, si se refleja con claridad un trasfondo cultural que define espacios de la colectividad. Oscar Collazos nos muestra diferentes aspectos de Colombia y su geografía, de su biodiversidad y, a través de conversaciones con la abuela o de la revisión que hace Alexandra de los recuerdos fotográficos; con todo esto el autor nos muestra

espacios comunes en nuestra memoria colectiva como lectores latinoamericanos y particularmente, colombianos. Alexandra encuentra fotos y se entera que su abuela vivió en el Valle entre los cañaduzales, tiene fotos del puente Ortiz en Cali, del Hotel Estación en Buenaventura cuando tenía una año de ser construido y su madre le cuenta que Mamamenchu pasó temporadas en la Cumbre, la abuela viajaba en tren (cuando aún se consideraba un medio de transporte), a través de la relación que había establecido la niña con ella se referencia la vida en el campo, las largas caminatas entre diversos árboles, el olor a leche recién ordeñada, el desayuno con arepas y huevos fritos o revueltos con queso fresco de la región y acompañados de chocolate o café. También nos muestra su perspectiva de las visitas a la ciudad (indefinida), una bella vista desde las construcciones modernas, pero acompañada con el bullicio y la prisa propios de este espacio urbano que no le era muy agradable. Luego su mención de Cartagena y sus paseos con Alexandra por los lugares más emblemáticos: el cerro de la Popa, la ciudad amurallada y la descripción de estos barrios junto al muelle. Estos elementos nos vienen a la memoria y nos identifica como colombianos, nos unen a una identidad sociocultural colectiva que nos permite sentirnos parte del escenario.

Desde otro entorno Lygia Bojunga nos muestra una sociedad brasileña que gusta de los espacios culturales, de una literatura local, que gusta de los disfraces (los que relacionamos con el carnaval), de jóvenes a los que le gusta bailar, ir a ferias de pueblo o circos trashumantes, visitar la playa que caracteriza a Rio de Janeiro; muestra la existencia de grandes haciendas con ríos y matorrales; en fin, hay menos alusiones al

entorno físico pero si hay referencias a algunos espacios comunes que podemos reconocer.

“El abrazo” y “En la laguna más profunda”, a pesar de ser novelas catalogadas como literatura juvenil y que por muchos años los temas dirigidos a los jóvenes fueron moralmente escogidos; son novelas que muestran una apertura en este sentido, han abordado temas de los que no se hablaba en la literatura infantil, cuya frontera con la literatura juvenil ha sido difícil de dibujar. La enfermedad, el olvido, la ancianidad, la violación infantil, la impunidad y el despertar del deseo son algunos de los temas que se abordan en estos relatos.

1. Un entorno violento.

En ambas novelas observamos un entorno social salpicado con hechos violentos que afectan las familias, pero en ambos casos observamos cómo la colectividad, en un afán de no causar un daño individual, deciden ignorar o negar la existencia de estos hechos. Unos de los planteamientos que hace Ricoeur en su libro ***La Memoria, la Historia, el olvido*** (2004) tiene que ver con su preocupación por el exceso de memoria en algunos espacios y sobre determinados acontecimientos, y el exceso de olvido en otros casos; quiénes y por qué cometen estos abusos: asesinatos y violaciones son silenciados impunemente; particularmente en el libro de Bojunga, un personaje clama por la memoria, clama para no caer en el olvido, clama para no permitir que sucedan de nuevo, pero observamos como tal vez, seducida por el peligro, la sociedad representada en Cristina cae nuevamente en su historia y se presume su muerte.

Collazos nos narra una historia íntima, un relato familiar: un escenario común para muchas personas que han tenido que convivir con el Alzheimer o con tantas otras afecciones que aquejan a los adultos mayores que acompañan nuestras vidas.

Mamamenchu representa la memoria de esa familia, su presencia en la vida de Alexandra es maravillosa, le permite un contacto con el pasado en el presente; Alexandra sueña y vive los relatos de su abuela; sin embargo, hay un evento de fondo que se muestra un poco de soslayo y que así como en nuestra cotidianidad solemos hacer, la mayoría podríamos pasar de largo ante lo que se ha vuelto común: el asesinato de un grupo de jóvenes. Es un evento violento en el que no se profundiza pero revela muchos elementos de nuestra sociedad colombiana, más aun, podríamos decir, latinoamericana.

Podemos ver una sociedad que prefieren apagar el noticiero para no alterar sus nervios con noticias violentas o adornar un poco la realidad ante la niñez que presencia estos eventos o ante el anciano enfermo que no queremos alterar emocionalmente:

Pasaron dos semanas y la abuela volvió a visitarnos en la ciudad. El mediodía del domingo nos sentamos a ver el noticiero. Ella enmudeció de repente. Yo estaba distraída y no me di cuenta de que mi padre había corrido a apagar el televisor en el momento en que empezaban a dar la noticia. Después supe que habían dado otra información aterradora: habían aparecido más muchachos, enterrados en fosas comunes en otro extremo del país. (Collazos, 2011a, pp. 29-30).

Nuestra sociedad prefiere no hablar de ciertos temas hasta que caigan en el olvido, sin embargo es inevitable que ciertos eventos nos marquen de forma tan precisa que, tarde o temprano, vuelvan a la memoria, aun la de aquellos que la han ido perdiendo,

como Mamamenchu quien ya había olvidado muchas cosas pero no el terrible evento que le había quitado “las ganas de *pasear monte*”. (Collazos, 2011a, p.26)

Jhon Monsalve publicó en su blog un análisis de la novela de Collazos con el que coincido en varias afirmaciones, entre ellas:

Nuestro país, en los últimos años, ha rescatado en la literatura la memoria de una nación olvidada por los medios de comunicación. Colombia, un país dolido por su historia, por su predominante violencia, por su olvido, debe ser rescatado de alguna forma, y la literatura está al servicio de ello. Muertes, asesinatos, problemas sociales y políticos se pierden en los anales podridos y en los que huelen a nuevo. Un país que no recupera sus errores y sus triunfos, que no comprende su presente por las acciones y decisiones de su pasado, es un país condenado, tal como lo afirmó Napoleón Bonaparte a repetir su historia. Entre los novelistas que tratan dicha temática, se encuentran, entre otros, Evelio José Rosero con “Los ejércitos”, Álvaro Pineda Botero con “El esposado” y Óscar Collazos con “En la laguna más profunda” (Monsalve Flórez, 2013).

Sin centrarse totalmente en la narración de la violencia, esos hechos marcan la vida de sus protagonistas; la violencia los toca, llega a su cotidianidad, los obliga a cambiar las viejas y arraigadas costumbres y los aleja de recuerdos que aman, ¿acaso en ello no hay también otro tipo de violencia?:

— Me mataron muchísimos años de alegría — les dijo a mis padres cuando insistieron en preguntarle por qué no hacían un paseo juntos.

— Un día de estos me encuentro con un muerto en la misma puerta de mi casa — dijo sin esconder el fastidio (Collazos, 2011a, p. 28).

La nieta, Alexandra (al igual que veremos más adelante con Cristina por su amiga Clarice), se ve asediada por el alma de estos jóvenes asesinados que en sus sueños vienen a exigir que no se les deje en el olvido:

Un día de estos, pensé yo al cabo de un tiempo, las almas de esos muchachos vendrían a hacernos visita en las noches, almas en pena que perturbarían el sueño de los mortales. De tanto pensarlo e imaginarme el regreso de sus almas, soñé con ellos. Ninguno tenía propiamente un rostro, y los cuerpos no eran como los cuerpos de los demás mortales. Si uno trataba de tocarlos, no encontraba nada sólido. Eran cuerpos sin cuerpo.

— Vinimos de nuevo para que no nos olvides — dijeron en coro antes de esfumarse (Collazos, 2011a, pp. 28-29).

Las víctimas de la violencia se quedan allí en nuestra memoria colectiva, al parecer se resisten a desaparecer en el olvido, pero permanecen presentes en un mundo etéreo, un poco irreal y confuso. Se materializan en nuestros sueños, en nuestras pesadillas, en nuestros temores. Ambos autores escogieron el mundo onírico como instrumento para llegar al pensamiento de estas niñas. Para aleccionarlas y pedirles no ser olvidados, una forma de invitarnos a crecer sin dejar en el olvido las cosas que deberían transformarse, castigarse, de ninguna manera, olvidarse.

Mamamenchu, a pesar de su edad, cuando aún no ha iniciado su camino del olvido, no cae en el ejercicio de negación de su familia. Ella es consciente de lo que ha sucedido, a pesar de que decide evitar el camino que recorría y abandona sus paseos acostumbrados por el bosquecito junto a su casa. Ella necesita hablar del tema, sacarlo a la luz:

— Los mataron miserablemente — les dijo a mis padres.

— ¿A quiénes mamá? — le preguntó mi madre.

— ¿A quiénes iba a ser? — reaccionó malhumorada —. Pues a esos pobres muchachos.

¡Y no me crea tan boba, que ustedes conocían la noticia! (Collazos, 2011a, p.28)

No importa cuánto intentemos ocultar la realidad, para aquellos a quienes les importa, es visible. Ella que representa los años y la experiencia, es plenamente consciente de lo terribles que resultan esos asesinatos, y expresa su enojo ante aquellos que intentan invisibilizarlo, ante aquellos que quieren tratarla como una niña, como alguien que no pudiera tener conciencia de la violencia que los rodea:

— Si vienes a preguntarme qué me pasa — me dijo—, mejor no lo hagas. **Esas cosas no tienen perdón de Dios.** (Collazos, 2011a, p.29) (El subrayado es mío)

El problema que existe en el personaje que representa esa memoria que no desea ser manipulada es que es una anciana con Alzheimer, una mujer que aunque no quiera, está perdiendo poco a poco su contacto con la realidad y su registro de la memoria: una memoria enferma. Podríamos reflexionar sobre qué representa el hecho de que el personaje que simboliza la conciencia social sea el que va perdiendo su identidad. Sin embargo, el relato nos muestra como muchos años después, cuando casi todo su ser está inmerso en la laguna del olvido, emerge de repente ese terrible recuerdo:

— ¿Saben algo de los muchachos que encontraron muertos en la casa de campo? — preguntó un día—. No me explico por qué los enterraron desnudos.

Mi padre nos dijo después que esa herida no había cicatrizado aún.

— ¿Cuál herida? — le pregunté.

— El recuerdo de los muchachos que encontraron enterrados cerca de su casa. (Collazos, 2011a, p. 100)

Nos damos cuenta entonces que hay eventos imborrables, hay actos que marcan nuestra memoria de forma que dejan una huella, una imagen que persiste a pesar de todo. Como un recordatorio constante de que podemos olvidar todo, pero los crímenes que han marcado al país, deben ser recordados para siempre. El olvido puede ser tan imperdonable como el crimen mismo.

En este fragmento, la última frase de Alexandra: “¿*Cuál herida?*”, nos hace pensar que acaso en su memoria infantil, ese recuerdo no era tan importante, posiblemente no lo comprendió del todo y Alexandra, pese a que su abuela le había dicho que era algo imperdonable y que había soñado con las almas de estos jóvenes pidiendo que no los olvidara, ya los había olvidado. Una representación simbólica de una colectividad que vive en la inmediatez de la noticia, de los eventos del entorno. Nuestra sociedad en muchos aspectos es esa sociedad infantil que decide olvidar lo que no le compete directamente y a veces, aun cuando le atañe, decide ignorar la realidad o negarla como es el caso de Cristina y de su madre en la novela de Bojunga. *Aquí no ha pasado nada*, es el pensamiento de la colectividad, hasta que vuelve a suceder y nos sacude de nuevo.

Hay otros elementos en la novela que hacen referencia a actos violentos que han afectado la historia familiar, actos que no deberían repetirse. Alexandra ha iniciado una serie de averiguaciones en los álbumes de la familia, para tratar de reconstruir la memoria de su abuela. Mamamenchu guardaba un álbum que había sido de sus padres y por ello tenía casi un siglo de existencia; fotos fechadas en 1888, 1897, 1900:

¡Un siglo! ¡Cien años! Encontré postales fechadas en Panamá en 1900, escritas por el abuelo de mi madre. Me llamó la atención una que decía: “Esta guerra es lo más cruel y

terrible que hemos vivido”. 12 de octubre de 1900. “Pienso en ti y en nuestras criaturas en todo momento y solo deseo que Dios ilumine la mente de nuestros compatriotas y pongamos fin a esta carnicería que ya no tendrá más vencedores sino vencidos”, leí conmovida, avergonzada por haber visto lo que no estaba dirigido a mí.

(...) — Habla de la guerra de los Mil días — me aclaró después mi padre. (...) No sé si duró exactamente mil días, pero así ha quedado grabada en la historia. Fue una guerra entre liberales y conservadores. Es el mismo abuelo que pintaba. Mejor dicho, tu bisabuelo. (Collazos, 2011a, pp. 141-142)

Una guerra cruel, que hoy sabemos que no terminó allí, porque más allá del nombre de los bandos, el conflicto armado en Colombia continuó con otros actores; la violencia se trasladó a las calles. Hoy leemos este evento en la vida de Mamamenchu y no sabemos si estos jóvenes asesinados en el campo sean víctimas de grupos armados al margen de la ley, o falsos positivos del ejército, un ajuste de cuentas del narcotráfico o un caso de víctimas de algún asesino en serie como Garavito o el monstruo de Monserrate. Lo cierto es que la violencia nos toca, nos precede y, tristemente nos sucederá, en gran parte porque olvidamos con gran facilidad, cerramos los ojos al conflicto, porque eso le pasa a “otros” y elegimos borrarlo de nuestra memoria individual y por lo tanto, registra muy poco en la memoria colectiva. Solo queda grabado en la colectividad el temor y la desconfianza, pero no resulta suficiente para lograr un cambio:

— Soltaron a los monstruos y ahora nadie quiere ni puede amarrarlos.

No sé si, poco a poco, se fue olvidando de esta tragedia. Si estaba en casa, mis padres preferían no encender el televisor a la hora de las noticias.

La abuela siguió haciendo sus cosas, la vida de siempre, pero nadie pudo convencerla de volver a dar un paseo en el campo. (Collazos, 2011a, p.30)

2. Ancianos en el olvido

Otro tipo de violencia que se evidencia en la novela de Collazos, es una más sutil, pero no menos grave, aquella que en ocasiones ejercemos sobre los ancianos al querer arrancarlos de su entorno porque no sabemos manejar sus limitaciones por la edad o enfermedad:

Personajes como la tía Esmeralda que se llenan de impaciencia ante los cambios que se producen en el adulto mayor; algunos eligen olvidar la gratitud y el respeto que merecen sus progenitores, en lugar de proveer el bienestar y la calma a sus padres en el entorno familiar, optan por dejarlos en unas “vacaciones eternas” en geriátricos, donde muchos de ellos terminan olvidados y con la mirada perdida:

Un día sin consultar con nadie, la tía Esmeralda decidió internar a la abuela en una residencia para ancianos. Geriátrico, debería decir, pero no me gusta esa palabra. Este es uno de los episodios más oscuros en la historia de la abuela y uno de los episodios que más me cuesta escribir porque no quiero que me malinterpreten ni quiero herir a nadie, y menos aún a quienes quiero muchísimo. (Collazos, 2011a, p. 71)

En ocasiones como la tía Esmeralda, a quien Alexandra no califica como una mala persona, pues ella buscaba lo que creía mejor para cada uno y confiaba en que sus decisiones siempre eran correctas: “*Quería tanto a la gente, que la asfixiaba de amor. A sus hijos, a su madre, a su esposo, Arturo. A nosotros*” (Collazos, 2011a, p. 72). A veces, en nombre del amor se cometen muchos delitos. En este caso no hablamos de una

violencia física tan terrible como el asesinato de aquellos jóvenes, pero se violenta la libertad de un ser humano que aún es consciente y se pasa por encima de parte de una familia. Hay decisiones que se deben tomar en conjunto, nunca de forma unilateral. Son decisiones que afectan el bienestar de un ser humano y de una familia entera:

Un día que mis padres fueron a visitar a la abuela, ella les suplicó que la sacaran de esa casa de locos. No era en verdad una casa de locos, era una residencia de ancianos, pero la abuela estaba convencida de que aquella era una casa de locos.

— Sáquenme de aquí — les pidió a mis padres — No sé a quién se le ocurrió meterme presa en este manicomio.

Mi madre recuerda que, durante un tiempo, mientras permaneció en aquella residencia, Mamamenchu tuvo frecuentes pesadillas. (Collazos, 2011a, p. 75)

En la anciana mujer surgen temores e inseguridades, algo comprensible cuando se ha quebrantado su voluntad:

Un día les contó a mis padres que había oído decir que en esa casa había un sótano para castigar a los desobedientes, que a algunos viejitos los llevaban al sótano por haberse portado mal y regresaban mansitos y ya no volvían a abrir la boca ni a moverse de su silla, que les daban un brebaje de demonios o les aplicaban inyecciones para aquietarlos. Salían de allí todos quietitos. Se sentaban en su silla del corredor o a tomar el sol de la mañana con la cabeza agachada, echando babas por la boca. (Collazos, 2011a, pp. 74-75)

Nos queda la duda en el aire, pues no se muestran más evidencias de que los temores expresos de la anciana sobre “las maldades” que querían hacerle. Pudieran ser solo manifestaciones de su mente que cada vez estaba más perturbada o señales de un real maltrato que se daba en la residencia. Sin embargo, es un hecho que muchos

ancianos en Colombia viven actualmente en condiciones de abandono o de maltrato. Existen residencias que no cuentan con el personal adecuado y que no dan el trato ni la alimentación necesaria a estos ancianos y que muchas familias se han olvidado de ellos apenas los dejan en estas “casas de reposo”:

En una habitación de una casa del barrio Lijacá, en el norte de Bogotá, viven y duermen nueve ancianos. Ellos comparten la pequeña vivienda con otros 26 y la familia del dueño del Hogar Geriátrico San Judas Tadeo. La semana pasada, la Superintendencia Nacional de Salud solicitó el cierre de este establecimiento porque los ancianos, que vivían prácticamente de la caridad y hacían gran parte de los oficios de la casa, se encontraban en un inminente riesgo de perder la poca salud que les queda. Fueron encontrados excrementos en las camas, los pisos y la cocina. (Hoyos, 1994)

Observamos como Collazos dialoga con una realidad social que tristemente nos permite identificarnos con una situación común: la vejez. ¿Cómo reaccionar frente a ella y sus consecuencias? En una novela juvenil, a través de la mirada de una niña, denuncia algunas conductas hacia los adultos mayores que pueden ser tomadas como normales pues las familias no saben cómo lidiar con la impaciencia y la impotencia que producen los cambios y el deterioro que ellos van presentando:

Para la psicóloga del Grupo de Trabajo de Psicología del Envejecimiento, Alicia Marín, "posiblemente, las personas mayores sea el grupo con mayor prevalencia en sufrir las distintas formas de maltrato. Pero a pesar de eso, es el que menos atención recibe por parte de los profesionales y los organismos públicos. Es un maltrato oculto y a la vez normalizado en la sociedad como forma natural de trato hacia el adulto mayor. (...) Es una de las formas de maltrato que puede resultar más dañina por su sutileza, falta de conciencia y por no ser mensurable", describe. (Press, 2016).

Como reconoce Alexandra, en su tía Esmeralda existía el deseo de hacer lo mejor para su madre, pero podemos ver en sus acciones que es una persona rígida, poco tolerante y que le gusta tener todo bajo control. Al igual que muchas personas en nuestra sociedad, tratan de poner en manos de otros más “especializados”, aquello que no pueden manejar:

La tía Esmeralda dijo que la residencia era el lugar donde debían estar los ancianos, que la gente que atendía a los viejitos sabía hacerlo muy bien. Y en esto nadie le quitaba la razón. Repetía que médicos y enfermeras habían estudiado para eso y tenían experiencia en cuidar a los viejitos, pero resulta que Mamamenchu no era “una viejita” ni le habían preguntado si quería irse a vivir con desconocidos. (Collazos, 2011a, p. 73)

Diferentes organismos internacionales han comenzado a sacar del olvido a los adultos mayores, a reconocer que hay un problema al que se debe prestar atención. En el mismo artículo de Infosalus citado antes, el Colegio Oficial de Psicólogos de la Región de Murcia reclama que se debe tomar conciencia de que está siendo una de las formas de violencia más oculta, llena de abusos y negligencia (Press, 2016) y que “La Asamblea de las Naciones Unidas considera la violencia hacia las personas mayores un grave problema de salud pública y de violación de los derechos humanos” (Press, 2016). Nuestro gobierno actual ha sancionado la Ley 1850 del 19 de julio de 2017 para proteger al adulto mayor; así que es un problema que poco a poco ha ido saliendo de la laguna del olvido de la memoria social y colectiva.

En la novela podemos apreciar muy brevemente esta situación, aunque finalmente Mamamenchu tuvo otro destino que le permitió regresar y morir en el entorno familiar como tal vez sea el deseo de muchos otros ancianos:

(...)Tus padres pelearon con tu tía Esmeralda, dejaron de hablarse porque ella insistía en tener a la abuela en esa residencia. Pero le ganaron la pelea. No sé cómo, pero le ganaron la pelea y la abuela se fue a vivir con ustedes a Cartagena. (Collazos, 2011a, p.77)

3. El olvido de la responsabilidad social

En el primer capítulo nos dimos cuenta que el personaje de Mamamenchu ama la naturaleza, ama el campo y conoce los nombres de cada uno de los árboles que crece junto a su casa; diferencia los tipos de plantas y no le gusta el encierro de la vida citadina. No le gusta un lugar donde no pueda ver jardines o árboles: “*Un jardín sin árboles es como un río sin agua.*” (Collazos, 2011a, p.76).

Nuestra sociedad es una sociedad de niños que cierran los ojos para esconderse del peligro. Elegimos no darnos cuenta de las cosas, una memoria colectiva selectiva, adormecida, una conciencia anestesiada o con un Alzheimer generalizado.

Mamamenchu que representa la conciencia ecológica en la novela (en medio de su enfermedad surgen esos reclamos) ella nota el impacto que ha tenido en el ambiente el mundo moderno y en distintas ocasiones expresa su preocupación verbalmente:

Si estaba de mal humor, decía que las lanchas que *surcaban* la bahía estaban envenenando las aguas. Le pedía a mi padre que hiciera algo para impedirlo, que llamara a la Capitanía del Puerto o al presidente de la república.

— Le están echando veneno al mar — decía en tono de alarma —. Están envenenando el río —decía cuando se confundía.

Creía que el mar era el río.

(...)

— Veo un cementerio de peces en una piscina de gasolina y aceite.

(...)

— Me quiero quedar aquí toda la vida — dijo antes de que regresáramos a Cartagena—.

Esos corales me dan pena — añadió. (Collazos, 2011a, p. 81)

En una época le dio por hablar solamente de los corales y del paseo por la isla bajo un “diluvio tropical”. Eso dijo: bajo un diluvio tropical. ¿Qué podía hacerse para organizar una brigada que impidiera el envenenamiento de las aguas y la masacre de los bancos de corales? (Collazos, 2011a, p. 82)

4. El abuso, la negación y el silencio.

En la novela de Lygia Bojunga es posible observar cómo se cumple de forma colectiva el carácter estructural de la violencia; con o sin intención, la sociedad colabora para que la violencia de género se permita y se instaure de forma repetitiva. La sociedad olvida y permite la impunidad, convirtiendo a la mujer, en este caso a la protagonista, en víctima del propio silencio:

Al desconocerse este carácter estructural las distintas expresiones de violencia instauradas en la vida cotidiana de las mujeres como prácticas sociales aceptadas suelen ser tratadas como algo normal, permanecen indebidamente ocultas y las mismas mujeres las despliegan en sus relaciones sin advertir sus orígenes estructurales, menos los procesos de legitimación o reproducción en los que están participando (...) Ellas son agentes culturales de violencia como consecuencia de sus propias historias de vida, (...) los valores internalizados por las mujeres con los cuales se reproduce el poder vertical y se activan métodos violentos para resolver conflictos propios y ajenos (...) sus acciones

replican el innegable carácter estructural de la violencia. (Munévar-Munévar & Mena-Ortiz, 2009, p. 362)

Aunque en este estudio citado se refieren más específicamente a casos de violencia intrafamiliar y perpetuaciones de este tipo, podemos observar un comportamiento semejante en la reacción que percibimos en la familia de Cristina. El silencio de la niña es comprensible, ante una situación que no logra asimilar en su totalidad, porque a ella nadie le había hablado de sexualidad; pero, ¿qué pasa con el grupo de adultos que la rodea? En la memoria de todos había un antecedente cercano, existía el drama acontecido con Clarice, la pequeña vecina y compañera de juegos de su Cristina:

Yo tenía siete años cuando Clarice llegó a vivir al mismo edificio en el que vivíamos nosotros, allá en Flamengo. Justo en el mismo piso. (...) Pero, un día Clarice desapareció. No puedes imaginarte la tragedia; es decir, claro que puedes. Imagínate a una niña linda, de pelo largo hasta aquí, que va con su familia a pasar vacaciones a San Pedro de la Aldea, y desaparece al final de una tarde. Un vecino la vio en la playa conversando con un hombre, y después de eso nadie más vio a Clarice. Revisaron todo: el fondo de la laguna, el bosque cercano, los terrenos baldíos, la policía, el cuerpo de bomberos, la asociación de vecinos, todo el mundo buscó a Clarice, pero Clarice no apareció. Tenía siete años igual que yo. (Bojunga, 1995, p.16)

Al igual que esta niña de siete años no ha podido olvidar este evento, la noticia tuvo que impactar en una familia que tenía una hija de la misma edad. Al verla salir de los matorrales, tal vez sucia y lastimada, empieza el interrogatorio:

Todos me hacían preguntas al mismo tiempo. Pero sabes, lo único que yo quería era comer *jabuticabas*. (...) ellos había visto a un hombre vestido de oscuro y corbata gris saliendo del matorral. ¿Yo también lo había visto? (...) ¿Había hablado conmigo? (...) ¿Qué me había dicho? (...) ¿El hombre me había tocado? (...) Y todo el mundo (había cinco o seis parejas) con sus ojos fijos en mí, me preguntaba: ¿Y entonces? ¿Y luego? ¡Cuéntanos! (Bojunga, 1995, p.25)

La madre evidentemente está sufriendo, tal vez por no haber podido proteger a su hija de algo tan terrible “(...) *mamá tenía una expresión extraña, como si se estuviera muriendo del dolor de oído*” (Bojunga, 1995, p. 26). Probablemente se tapa los oídos para que la niña lo haya percibido de esa forma, así que si la niña no quiere hablar, ella tampoco quiere oír: “*Dejen que se coma sus jabuticabas en paz, ¿está bien? ¿Está bien? — gritó mamá*” (Bojunga, 1995, p.26). Todos sospechan lo que ha sucedido, pero ante la petición de la madre se instaure un silencio colectivo, que al parecer perdura por los años siguientes. La madre se convierte en su sombra, se instaure el miedo, la sigue a todas partes, pero el tema no vuelve a tocarse. Cuando el relato sigue solo se menciona que la madre tiene fiebre y se va a la cama, después de que ha sido infructuosa la búsqueda del hombre. Esta reacción es previsible, en una sociedad que calla lo que teme, pero la inhabilita; en un artículo titulado *Miedos que se interponen entre la libertad y la seguridad* explica sobre los efectos que el crimen causa en la sociedad:

Los miedos adquieren límites cuya definición no está prevista. De acuerdo con la personalidad social, unos miedos son asimilados como de escaso impacto, mientras que otros adquieren una relevancia tal que limita acciones públicas e inhibe la relación con los demás ante la sospecha de ser agredido por ese "otro" anónimo pero dispuesto a

transgredir límites de respeto a la existencia ajena (...) el agredido debe cargar no sólo con el hecho de agresión sino con las consecuencias que tal acto provoca. El peso de los efectos de una acción connota, por ellos mismos, sensación de impotencia y ella incrementa los miedos de los eventuales agredidos. (Vizcaíno. G., 2009, p. 25)

En la novela de Bojunga podemos corroborar cómo ese temor hizo mucho más vulnerable a Cristina; su silencio y el de su familia no le permitieron digerir el crimen cometido contra ella, lo cual con el tiempo despierta su curiosidad y su temor nuevamente. Así mismo en esta colectividad se nos presenta un personaje como Clarice, que surge como la voz que clama en medio de la colectividad que ese tipo de crímenes no deberían guardarse en el silencio. Es una situación que hace daño pero se debe enfrentar. Aunque de manera inusual en este tipo de análisis, pero como una manera de conectar el la realidad del texto con nuestra memoria colectiva, nuestro entorno real, no puedo evitar mencionar las denuncias de abusos sexuales y conductas violentas contra la mujer desde un medio tan visible como el mundo del espectáculo, lo cual de alguna manera ayuda a aquellas mujeres no tan visibles que habían decidido callar y cuyas denuncias han comenzado a multiplicarse. Entre estas mujeres está la actriz Evan Rachel Wood que hace poco reconoció en una carta a la revista Rolling Stone y publicada en un periódico digital que ha sido violada en dos ocasiones pero que no va a seguir en silencio y que nadie debería hacerlo:

Sí. He sido violada. Por un ser querido mientras estábamos juntos. Y en otra ocasión por el propietario de un bar. La primera vez, no tenía claro si aquello que hacía la pareja se consideraba violación, hasta que fue demasiado tarde. Además, ¿quién me creería? La segunda vez, pensé que había sido mi culpa y que tendría que haber luchado más, pero

estaba asustada. (...) No voy a sentirme avergonzada, ni voy a proyectar una falsa imagen de estar por encima de eso porque 'soy tan fuerte'. No creo que vivamos en una época en la que haya que mantenerse en silencio. Yo no puedo. No en el estado en que está el mundo, con su evidente intolerancia y sexismo. (...) Debe hablarse, porque se oculta bajo la alfombra como si no fuera nada y no voy a aceptar esto como 'normal'. Es un problema serio. Sigo aquí. Estoy viva. Soy feliz. Soy fuerte. Pero todavía no estoy bien. (Wood, 2016)

Una declaración como esta es comparable en la novela a la figura de Clarice que aparece para exigir a Cristina que no olvide, un personaje que desde la novela cuestiona a nuestra memoria colectiva, para recordarle a la sociedad que ese es un crimen terrible que no debe perdonarse y no debe quedar impune pues de lo contrario seguirá sucediendo:

— El abrazo que te di era para no perdonar, para que nunca te olvidaras de lo que él te hizo (...) Lo que importa es que no existe perdón para quien atropella nuestros cuerpos (...) Es por culpa de personas como tú, de personas que no tienen memoria, que perdonan tan fácilmente, que ese crimen sigue sin recibir el castigo que merece. (Bojunga, 1995, pp. 43-44)

Una denuncia ficcional para un crimen real, con víctimas reales en una sociedad sin memoria que no lo castiga como debería por lo que pareciera que dichos crímenes sexuales cada vez abundan más. Solamente hay que observar algunos titulares de periódicos publicados en los últimos años (ver anexo: Referencias de titulares de periódicos), no podemos cerrar los ojos y fingir que este horror no sucede.

En su trabajo de investigación, la antropóloga, investigadora y feminista mexicana Marcela Lagarde (2005), afirma que estos abusos de poder están de algún modo

institucionalizados por una sociedad patriarcal que aunque socialmente reprueba estas conductas de violencia erótica, de muchas formas las reproduce y las refuerza a través de la cultura, del empoderamiento masculino sobre la mujer:

La violencia erótica es la síntesis política de la opresión de las mujeres. Porque implica la violencia, el erotismo, la apropiación y el daño. Es un hecho político que sintetiza en acto, la cosificación de la mujer y la realización extrema de la condición masculina patriarcal. Entre las formas de violencia erótica, la violación es el hecho supremo de la cultura patriarcal; la reiteración de la supremacía masculina y el ejercicio del derecho de posesión y uso de la mujer como objeto de placer y la destrucción, y de la afirmación del *otro*; se trata del ultraje de las mujeres en su intimidad, del daño erótico a su integridad como personas. (Lagarde, 2005, pp. 259-260)

Culturalmente, ante un enfrentamiento corporal, Lagarde (2005) afirma que la mujer está derrotada de antemano donde en el abuso erótico ya no es necesaria la violencia física, culturalmente se ha formado a la mujer para ofrecer un papel de sometimiento y debilidad, una sociedad patriarcal donde el hombre debe ser el protector pues tiene como atributo natural de su poder, la fuerza y la agresividad:

En muchos casos, las mujeres ni siquiera intentan defenderse, golpear, gritar o simplemente correr, huir. Por el contrario, enmudecen y se quedan paralizadas ante la fuerza sobrenatural masculina a la que se enfrentan (sobrenatural en relación a la naturaleza femenina inferior de las mujeres). Cuando logran articular palabra, suplican clemencia. Se trata de un estado semihipnótico en las mujeres, logrado no sólo por el violador, sino por la sociedad y su cultura de predominio y privilegios masculinos y debilidad femenina. (Lagarde, 2005, pp. 269-270)

Lagarde muestra como existe una historia de abusos y de violencia erótica generalizada en la sociedad mexicana (pero podríamos decir latinoamericana), aun dentro de los entornos familiares donde a veces ni se reconocen estos abusos porque se minimizan o como en el caso de Cristina y su madre, se invisibiliza, no sucedió nada, no se habla del tema.

La violencia contra la mujer se ha vuelto más palpable en los últimos años; poco a poco algunas mujeres han empezado a hablar; se han creado campañas y ONG que están promoviendo constantemente la no violencia de género y el apoyo a las mujeres y niños. Se invita a denunciar, a romper el silencio; pero es un hecho que sigue siendo hoy en día, una sociedad desigual; en algunas regiones es evidente la desigualdad cultural y se promueven conductas que victimizan a la mujer. También es un hecho que mientras tantos crímenes sigan quedando en la oscuridad y el desconocimiento, mientras las víctimas no levanten la voz y reclamen su derecho a la dignidad y al castigo justo para sus victimarios, la situación no cambiará. Es interesante ver como en la novela al menos un personaje había sido advertido del peligro, pero eso no evitó que sucediera el delito. En su conversación con la protagonista, la joven Clarice revela que su madre le había hablado del tema, tal vez buscaba prepararla, aunque no fue suficiente para evitar el ataque, si lo fue para reconocer que aquello era un crimen:

Mi mamá me había explicado que el estupro no tiene perdón, que es un crimen que hiere profundamente la dignidad humana, como el homicidio, como la pobreza; crímenes que no tienen perdón. Y me tumbó en el matorral, me arrancó el vestido de baño. Yo todavía no entendía lo que significaba la dignidad humana y no sabía si se trataba de homicidio o

de estupro lo que me hacían. De cualquier manera se trataba de un crimen; yo tenía que reaccionar, reaccionar. (Bojunga, 1995, p. 45)

Resulta valioso e importante que a través de relatos como estos, disponibles a un público juvenil, muchas mujeres y particularmente jóvenes puedan verse identificadas con los personajes y, aunque no sea la intención primaria de la autora hacer una denuncia social o panfletaria, esta diégesis puede ayudarle a los jóvenes lectores a reconocer por analogía la memoria colectiva de nuestra época y adoptar una postura ante hechos semejantes. Un primer paso, es tomar conciencia de lo que sucede a nuestro alrededor. En mi opinión este es el tipo de situaciones en las que no debería haber ese abuso inexplicable del olvido al que hace referencia Ricoeur en su libro *La Memoria, la historia, el olvido* (2004).

En conclusión, estos mundos ficcionales nos revelan situaciones presentes en nuestra memoria colectiva latinoamericana, particularmente aspectos de nuestra historia historiogeográfica colombiana y algunos aspectos que reconocemos de entorno brasilero con sus playas, sus carnavales y su cultura. En las diégesis se manifiestan hechos: el uso de la mujer-niña como objeto de placer momentáneo, el asesinato de hombres y mujeres víctimas de un conflicto armado o de violencia común, el tratar a los ancianos como seres sin voluntad cuando ya no pueden valerse por sí mismo, el contaminar el espacio sin tener en cuenta a los seres vivos que se vean afectados por esto. Cuando el mundo olvida estos hechos, cuando permite que la memoria sea manipulada o negada a placer, está “cosificando” a las víctimas; los seres se convierten en objetos que no sienten, cosas sin alma, y según los planteamientos de Heidegger, explicado por Dario Sztanjszrajber en su videoconferencia: “Pierden la esencia del SER, el mundo está cosificando,

transformando todo en ENTE, en cosa, y cuanto más cosa sea algo, va perdiendo su “alma”, se va acercando a la NADA.” (Sztanjszrajber, 2016) (Transcripción mía).

La Nada, la no existencia, también se puede relacionar con el olvido. Lo que deja de recordarse, deja de existir. Si se pierden las huellas de un suceso, terminan en la no existencia al menos en la memoria. Sin embargo, la realidad es otra, aunque la colectividad olvide o niegue ciertos hechos en su historia, estos siguen ahí presentes, como una semilla bajo la tierra que tarde o temprano dará fruto, y qué amargos pueden ser estos frutos. En el caso de la memoria colectiva, un pueblo, una comunidad olvida cuando la generación poseedora del pasado (la que vivió ciertos hechos) no los transmite a las generaciones siguientes. Cuando se produce esta ruptura en la cadena de transmisión de la memoria, se pierde por ende el registro histórico, se pierde la identidad colectiva y se cumple la popular frase: “El pueblo que no conoce su historia, está condenado a repetirla”. Esta frase nos revela la evidente vulnerabilidad de nuestros pueblos sin memoria.

Nuestro país retratado en la novela de Collazos, la familia de Alexandra, al igual que Cristina y su familia en la novela de Bojunga son representaciones de esa memoria colectiva que a veces es manipulada y decide callar ciertas verdades, o que olvida fácilmente los hechos que no son noticias inmediatas, una colectividad que observa pero no reacciona. Por otro lado, aparecen personajes como Alexandra, que en medio de su ignorancia e inocencia, lucha por recuperar una memoria que no posee, que no conoce pero le parece importante no dejarla perder, la identidad de su abuela, su familia. Por último, observamos como Mamamenchu y Clarice aparecen como portadoras de la

conciencia; los personajes de Lygia Bojunga y de Oscar Collazos nos hacen un llamado de atención: **Hay cosas que no tienen perdón, cosas que no deben ser olvidadas, cosas que no deberían repetirse. Tenemos que recordar, tenemos que reaccionar.**

Capítulo 5

Conclusiones

Al terminar este trabajo de interpretación hermenéutica podemos concluir que la memoria y el olvido resultan factores determinantes en la cotidianidad del ser humano. Aquello que elegimos recordar y aquello que elegimos olvidar determina nuestra identidad, ya sea individual o colectiva. Esto es así porque es la memoria la que permite que haya una cohesión entre quienes somos y quienes hemos sido. Para Ricoeur, la memoria es la que nos permite tener una construcción de la historia, aludiendo a las imágenes del pasado en el presente.

En los personajes de ambas novelas observamos la fragilidad de la memoria frente a un acto de violencia que se muestra como el detonante que las desconecta del mundo, consciente o inconscientemente: Mamamenchu no quiere olvidar, pero no puede evitarlo, ha sido toda su vida una mujer independiente y alegre, pero su cuerpo es traidor y ha envejecido; por su parte, Cristina es una joven que no quiso recordar, ha bloqueado su memoria pero tampoco puede evitar que la laguna en su memoria intente llenarse de alguna manera. Las manipulaciones de la memoria hacen que los seres humanos seamos frágiles y quedemos vulnerables, expuestos a la repetición de eventos nocivos en nuestra vida, o peor aún a la desaparición de nuestro ser, de nuestra propia identidad: dejar de ser.

En ambos relatos la identidad del personaje se construye a través de un espejo en el que forma su imagen, descubre su identidad y en un contexto social que vislumbra la violencia pero que al parecer se trata con indiferencia. En la novela de Oscar Collazos la

violencia evidenciada en la muerte de los jóvenes parece simplemente ser parte del contexto y actúa como detonante de la enfermedad, como si la violencia hubiera arrancado su memoria, a pesar de eso vemos como la anciana en medio del olvido que le impone su enfermedad es justamente el acto violento aquel que no olvida. En el relato de Lygia Bojunga la violencia de género aparece como una realidad que en la actualidad se reproduce con fuerza en Brasil y en el mundo como lo vimos en los titulares reseñados, sin embargo, se trata con indiferencia e indolencia, el personaje de Clarice reclama a todas las Cristinas cuya falta de memoria para crímenes tan terribles hace que continúen sin castigo.

En “El abrazo”, Clarice representa el ejercicio de la memoria de la mujer que tiene clara su identidad de mujer abusada y olvidada dialoga y se construye en oposición a Cristina, la joven que ha perdido su identidad a través de la negación de una violación en su niñez a la que todo el mundo prefirió ignorar. En la novela “En la laguna más profunda”, Alejandra es una niña que va entrando en la adolescencia con un propósito definido, desea reconstruir la memoria de la abuela para que ella no se sumerja en la laguna del olvido totalmente, por otro lado y a su lado, está Mamamenchu, una anciana con una personalidad vibrante y definida cuya enfermedad hace que poco a poco pierda su identidad y su historia.

En el relato de Óscar Collazos observamos cómo llega la ancianidad a un personaje mientras su memoria empieza a desprenderse; desde la conceptualización de Ricoeur es una memoria “enferma” por la edad, el tiempo, el uso y el abuso. El olvido le llega inexorablemente y con él, la muerte física, pese a los esfuerzos que hace su nieta

por evitarlo. Alexandra Blanco como ser humano en formación debe aceptar y tomar conciencia de la inevitabilidad de la muerte, de la importancia de la memoria como un proceso de continuidad. Ella se convierte en la memoria colectiva: los recuerdos de su abuela, la historia de su familia continúa presente en sí misma; lo que la pone en el camino de su propia formación como adulto.

Cristina ha sido víctima de un abuso a sus 7 años, abuso que ha decidido mantener en el olvido, tema del que nunca quiso hablar y sobre el que ni su propia madre, al tener la sospecha sobre lo sucedido, quiso hurgar; conciente o inconcientemente su “falta de memoria” ha sido producto de un mecanismo de defensa, una decisión personal que la ha puesto en estado de indefensión aprendida. Cuando llega un elemento del pasado a recordarle su abuso, a enfrentarla con el hecho, a reclamarle su silencio a través de la figura de Clarice, ella a su pesar se hace consciente de ser mujer, se enfrenta a su victimario con otros ojos, la confunde el deseo que ahora siente en su proceso de aceptar lo que sucedió con ella y con la amiga de su niñez, en su deseo de saber, de conocer la verdad, se hace vulnerable nuevamente. De alguna manera simbólica el relato es un grito de auxilio, es una invitación a las mujeres a no olvidar ese tipo de crímenes para no ponerse en estado de indefensión. Sobre todo porque los círculos tienden a cerrarse, tarde o temprano el ser humano busca llenar los espacios de su memoria; pero si desconocemos ciertos eventos o ignoramos los aprendizajes que debieron surgir de ellos entonces la vulnerabilidad se hace evidente y en algunos casos, como el de Cristina puede ser fatal. ¿Qué pasa cuando el olvido o la negación de la memoria es de la sociedad? ¿Qué pasa cuando negamos la existencia de ciertos crímenes? ¿Qué pasa

cuando cerramos nuestros ojos a tantos abusos contra la naturaleza, contra otros seres humanos y permitimos toda clase de iniquidades y desigualdad? Si Cristina es una simbolización de la memoria social, entonces podemos decir que tarde o temprano estos crímenes irán ajustando su lazo en nuestro cuello, hasta que ya no podamos respirar.

Considero que estas novelas son consideradas juveniles pero están cargadas de complejidades que son sumamente valiosas; nos revelan un entorno que permite abrir espacios de conversación y de interpretación crítica dentro de las clases con los jóvenes. Óscar Collazos, desde los espacios comunes al interior de una familia; utiliza un lenguaje cotidiano: las conversaciones privadas, las discusiones entre hermanos, el amor en ocasiones asfixiante de quienes pretenden cuidar y dirigir las vidas de los que aman. El hacer frente a la enfermedad y a la muerte de aquellos que amamos. Es un relato lleno de entornos familiares y de un trasfondo cultural que así sea de soslayo nos deja ver que alrededor transcurre un mundo imperfecto y violento, que transforma el medio ambiente y hace que muchos se vean obligados a desplazarse del lugar que aman. Pero lo más relevante y terrible en el relato es la imposibilidad de luchar contra el olvido. Una mujer que lleva años recordando y manteniendo conversaciones con su esposo muerto, ya no es capaz de reconocer el rostro de sus hijas. La memoria enferma es uno de los males más terribles y silenciosos que debemos enfrentar en nuestra sociedad. Parece que estuviéramos sumidos en un Alzheimer colectivo e histórico que nos conduce a una pérdida de identidad cada vez más evidente. Actualmente podemos observar como nuestras naciones se encuentran en una nebulosa confusa que ya no distingue culturas ni costumbres propias; una sociedad que se sumerge en la inmediatez del momento y va

olvidando la memoria histórica en todos los sentidos: desde las acciones que valga la pena recordar y replicar así como los errores cometidos que no deberían repetirse.

Porque las voces solitarias como las Clarice y Mamamenchu, no alcanzan a tener suficiente fuerza o repercusión en una sociedad que ha decidido ignorarlas:

Un hombre que trae a la memoria solamente lo que otros no recuerdan se parece a alguien que ve lo que otros no ven. Es, en cierto sentido, un alucinado, que impresiona desagradablemente a los que le rodean. Como la sociedad se irrita, se calla, y por el hecho de callarse olvida los nombres que a su alrededor ninguno más pronuncia.

(Halbwachs, 2004, p.199)

Lygia Bojunga, en su novela nos retrata una sociedad cercana y reconocible que elige hacerse la de la vista gorda. Distraerse en otras cosas que causen placeres, así sea momentáneos, para no enfrentar los verdaderos problemas. La negación de la memoria conduce a identidades confusas y disociadas.

En suma, estos mundos ficcionales y posibles (como los llamaría Umberto Eco) nos revelan situaciones presentes en nuestra memoria colectiva latinoamericana, que al igual que la memoria individual también es manipulable y en ocasiones sirve a fines particulares que convienen a ciertos estamentos pero invisibilizan problemáticas reales. También nos permite ver que cuando el mundo olvida estos hechos, cuando permite que la memoria sea manipulada o negada a placer, está “cosificando” a las víctimas y como sociedad las vamos arrojando a la nada, a la no existencia: al olvido o la muerte.

LISTA DE REFERENCIAS

- Betancourt Echeverry, D.** (Sin fecha). *En Colombia*. Obtenido de <https://encolombia.com/educacion-cultura/educacion/educacion-revistas/memoria-individual-colectiva-e-historica/>
- Bojunga Nunes, L.** (1995). Lygia Bojunga Nunes entrevista. (A. O. Rodríguez, Entrevistador) Bogotá. Recuperado el 20 de Diciembre de 2016, de <http://www.cuatrogatos.org/show.php?item=673>
- Bojunga, L.** (1995). *El abrazo*. Bogotá, Colombia: Norma colección Zona Libre.
- Campo, L.** (2008). *Diccionario Básico de Antropología*. Quito, Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Collazos, O.** (2011a). *En la laguna más profunda*. Bogotá, Colombia: Norma Colección Zona Libre.
- Collazos, O.** (23 de mayo de 2011b). Collazos en una laguna profunda. (M. Quintero Restrepo, Entrevistador) Recuperado el 15 de diciembre de 2016, de http://www.elcolombiano.com/historico/oscar_collazos_en_una_laguna_profunda-DFEC_134700
- Collazos, O.** (28 de febrero de 2012). ¿Por qué olvidar? ¿Por qué recordar? Entrevista al escritor colombiano Óscar Collazos. (M. Espinoza, Entrevistador) Recuperado el 20 de junio de 2017, de <http://suburbano.net/por-que-olvidar-por-que-recordar-entrevista-al-escriptor-colombiano-oscar-collazos-2/>
- Colomer, T.** (14 de diciembre de 1999). *TERESA COLOMER PROFESORA DE LITERATURA "La literatura infantil es como una escalera con barandilla"*. (Txema Crespo, Entrevistador) Recuperado el 13 de agosto de 2016, de https://elpais.com/diario/1999/12/14/paisvasco/945204020_850215.html

Colomer, T. (diciembre de 2001). La enseñanza de la literatura como construcción de sentido.

Lectura y vida. Revista Latinoamericana de Lectura (4), 2-19. Recuperado el 13 de

agosto de 2016, de

www.oei.es/historico/fomentolectura/enseñanza_literatura_construccion_sentido_colomer.pdf

Cresta Leguizamón, M. (1990). *La literatura infantil y la formación de lectores*. Argentina:

Dirección de Investigaciones e innovaciones educativas de Córdoba.

Cuasante Fernández, E. (2013). *Aproximaciones críticas a los escritos en primera persona*.

Lingüística y Literatura (64), 163-178. Recuperado el 14 de marzo de 2017, de

<http://www.scielo.org.co/pdf/linli/n64/n64a09.pdf>

Díaz Basteris, M. (abril-junio de 2013). *La violencia como eje central en dos cuentos de Oscar*

Collazos. La Colmena, 78,31-36. Recuperado el 16 de agosto de 2016, de

http://web.uaemex.mx/plin/colmena/Colmena_78/Aguijon/5_La_violencia_como_eje_central_en_dos_cuentos.pdf

De Castro Souza, F. (2009). *Trilogia da morte: o imaginário em Lygia Bojunga*. Goiânia, Brasil.

Recuperado el 15 de febrero de 2017, de

<https://repositorio.bc.ufg.br/tede/handle/tde/2437>

De Zan, J. (2008). Memoria e Identidad. *Tópicos- Revista de Filosofía de Santa Fe*(16), 41-67.

Recuperado el 25 de Abril de 2017, de

<http://www.scielo.org.ar/pdf/topicos/n16/n16a03.pdf>

Freud, S. (1964). *Obras Completas* (Vol. 23). (J. L. Etcheverry, Trad.) Buenos Aires: Amorrortu

editores S.A. Recuperado el 13 de julio de 2017, de

<http://bibliopsi.org/docs/freud/23%20-%20Tomo%20XXIII.pdf>

- García Márquez, G.** (1997). *Cien años de soledad*. Bogotá, Colombia: Norma Colección Cara y Cruz.
- García Padrino, J.** (1998). Vuelve la polémica: ¿Existe la literatura juvenil? *Revista Interuniversitaria de formación del profesorado*(31), 101-110. Recuperado el 10 de marzo de 2016, de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=117970>
- Geertz, C.** (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, España: Editorial GEDISA.
- Halbwachs, M.** (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona, España: Anthropos Editorial.
- Hoyos, J.** (27 de abril de 1994). Colombia no quiere a sus ancianos. *El Tiempo*. Recuperado el 10 de junio de 2017, de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-107936>
- Jerez Martínez, I., López Valero, A.** (junio de 2013) Literatura fantástica e identidad juvenil. El mal y la muerte como motivos de búsqueda del adolescente. **Contextos Educativos. Revista de Educación.** (16), 141-152 Disponible en: <https://publicaciones.unirioja.es/ojs/index.php/contextos/article/view/1295>
- Lagarde, M.** (2005). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Colección Posgrado. Universidad Autónoma de México. Coyoacán, México.
- Laplanche, J., & Pontalis, J.-B.** (2004). *Diccionario de Psiconálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Marroquin Jimenez, M. J.** (2011). Construcción del sujeto femenino: Lygia Bojunga Nunes. *Tesis de grado*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Recuperado el 15 de marzo de 2017, de <https://repository.javeriana.edu.co:8443/bitstream/handle/10554/6473/tesis265.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

- Matallana Peláez, S.** (2006). *A caballo sobre un guión, o la identidad femenina en las novelas de tres escritoras norteamericanas de origen hispano*. Cali, Colombia: Editorial Universidad del Valle.
- Mendoza García, J.** (marzo de 2009). El transcurrir de la memoria colectiva: la identidad. *Casa del Tiempo*, II(17), 59-68. Recuperado el 20 de junio de 2014, de http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/17_iv_mar_2009/casa_del_tiempo_eIV_num_17_59_68.pdf
- Monsalve Flórez, J.** (3 de Diciembre de 2013). *El Olvido y la Memoria "En la laguna más profunda"*, de Oscar Collazos. Recuperado el 10 de septiembre de 2016, de <http://monsalve-jhon.blogspot.com.co/2013/12/el-olvido-y-la-memoria-en-la-laguna-mas.html>
- Munévar-Munévar, D., & Mena-Ortiz, L.** (Diciembre de 2009). Violencia estructural de género. *Revista de la Facultad de Medicina*, 57(4), 356-366. Recuperado el 20 de junio de 2017, de http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-00112009000400008&lng=es&nrm=iso
- Murakami, H.** (2006). *Kafka en la orilla*. (L. Porta, Trad.) Barcelona: Tusquets Editores
- Press, E.** (Ed.). (14 de junio de 2016). El maltrato al anciano: una de las formas de violencia más ocultas. *Infosalus*. Recuperado el 10 de junio de 2017, de <http://www.infosalus.com/mayores/noticia-maltrato-ancianos-formas-violencia-mas-oculta-20160614132743.html>
- Ricoeur, P.** (2004). *La Memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P.** (2006). *Sí mismo como otro*. Mexico D.F.: Siglo XXI editores s.a.

- Romo, R.** (5 de octubre de 2008). Vivimos en el pasado. *REDES*. (E. Punset, Entrevistador)
Recuperado el 24 de marzo de 2017, de <https://www.eduardpunset.es/426/charlas-con/vivimos-en-el-pasado>
- Salazar-Villanea, M.** (2007). Identidad personal y memoria en adultos mayores sin demencia y con enfermedad de Alzheimer. *Actualidades en Psicología*, 1-37. Recuperado el 24 de marzo de 2017, de <http://pepsic.bvsalud.org/pdf/apsi/v21n108/v21n108a01.pdf>
- Sóuza, F.** (2009). *Trilogia da morte: o imaginário em Lygia Bojunga*, Goiânia, Universidade Federal de Goiás. Recuperado el 4 de agosto de 2017, de <http://repositorio.bc.ufg.br/tede/handle/tde/2437>
- Sztanjszrajber, D.** (29 de Enero de 2016). Video: Heidegger- Por Darío Sztanjszrajber. Rosario, Santa Fe, Argentina. Recuperado el 20 de noviembre de 2016, de <https://www.youtube.com/watch?v=RHJH35jPJ3w>
- Sztanjszrajber, D., & Adamovsky, E.** (22 de julio de 2016). Charla completa: ¿Qué es la identidad? Recuperado el 3 de marzo de 2017, de <https://www.youtube.com/watch?v=ZP45ANGVST4>
- Teixidor, E.** (1995). Literatura juvenil: las reglas del juego. *CLIJ: Cuadernos de literatura infantil y juvenil*(72), 8-5. Recuperado el 19 de junio de 2012
- Torres, A.** (s.f.). *Psicología y Mente*. Recuperado el 20 de junio de 2017, de *Psicología y Mente*: <https://psicologiymente.net/forense/tipos-de-violencia>
- Valerio, A.** (2015). *A metaficção como forma de diálogo com o público-leitor juvenil brasileiro: A estratégia de Lygia Bojunga*. LIJ. Formación lectora y educación estética - Espéculo (55) , 108-119
- Vizcaíno G., M.** (2009). Miedos que se interponen entre la libertad y la seguridad. *Revista Criminalidad*, 51(2), 15-31. Recuperado el 15 de julio de 2017, de

http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1794-31082009000200002&lng=es&tlng=es

ANEXO 1. REFERENCIAS DE TITULARES DE PERIODICOS

Brasil: tiene 15 años y 20 presos la violaron en una cárcel. (14 de octubre de 2016). *La nación-mundo*. Recuperado de: <http://www.lanacion.com.ar/1947118-brasil-tiene-15-anos-y-20-presos-la-violaron-en-una-carcel>

El horror de las violaciones a niñas en India. (19 octubre 2015) Redacción BBC Mundo..
Recuperado de:
http://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/10/151017_india_violacion_menores_ilm

La brutal violación colectiva de la que presumieron en redes sociales y despertó la indignación de Brasil. (27 mayo 2016).Redacción BBC Mundo. Recuperado de:
http://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/05/160527_brasil_violacion_mujer_video_redes_sociales_impunidad_rio_de_janeiro_amv

Malicha entre nosotros. (diciembre de 2008). *alfilo- revista digital*(26). Recuperado el 12 de diciembre de 2015, de <https://ffyh.unc.edu.ar/alfilo/anteriores/26/historias-y-personajes.html>

Musulmanes de Pakistán ordenan la violación de una niña. (29 de julio de 2017). Mediterráneo digital. Recuperado de:
<http://www.mediterraneodigital.com/espana/mundo/musulmanes-de-pakistan-ordenan-la-violacion-de-una-nina.html>

Siete años de vergonzosa impunidad en caso de niña violada en Melgar. (21 de marzo 2015). El Tiempo. Recuperado de: <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-15441172>

Un pueblo sin memoria es un pueblo sin futuro: Lema que se ve en el estadio del Chile vs

México. (15 de junio de 2015). *sdpnoticias.com*. Recuperado de:

<https://www.sdpnoticias.com/deportes/2015/06/15/un-pueblo-sin-memoria-es-un-pueblo-sin-futuro-lema-que-se-ve-en-el-estadio-del-chile-vs-mexico>

Una niña de 15 años volvió a ser violada cuando pedía ayuda tras la primera violación. (28 de

julio 2017). *Actual*. Recuperado de: <https://www.actuall.com/democracia/una-nina-de-15-anos-volvio-a-ser-violada-cuando-pedia-ayuda-tras-otra-violacion/>

Violación colectiva a niña vuelve a aterrorizar a Brasil. (5 de mayo 2017) *El universal*.

Recuperado de: <http://m.elcolombiano.com/violacion-colectiva-a-nina-vuelve-a-terrorizar-a-brasil-DE6475353>

Wood, E. (30 de noviembre de 2016). La actriz Evan Rachel Wood reveló que fue violada en dos

ocasiones. *La nación*. Recuperado el 20 de julio de 2017, de

<http://www.newsjs.com/url.php?p=http://www.lanacion.com.ar/1960944-la-actriz-evan-rachel-wood-revelo-que-fue-violada-en-dos-ocasiones>